

EL DIARIO

La Paz, Domingo 15 de Noviembre de 1953.

MAURIAC Y LA DEFINICION DEL MAL

por

RAMON SENDER

MAURIAC, el último Premio Nóbel de literatura, es un escritor francés católico, de perfiles precisos y netos. Como novelista ofrece una curiosa contradicción aparente. No son sus novelas edificantes en el sentido ordinario del término, y, sin embargo, es en Europa y América el novelista católico por antonomasia. Algunas de sus novelas serán miradas con recelo por no pocos padres de familia Los problemas que plantea salen de las normas morales consagradas por la burguesía media. ¿Cuál es, pues, la dosis católica y la dosis profana en su sentido de la realidad de cada día? Mauriac cree que una de las obligaciones más perentorias de los escritores de hoy es la definición del mal. Tarea difícil que la teología misma no ha realizado aún. Pero el poeta va más allá que el filósofo, y no hay duda de que Mauriac ha hecho valientes incursiones por los laberintos del alma humana. Casi siempre en los niveles más sombríos.

No pertenece Mauriac a la pléyade de escritores franceses convertidos al catolicismo en 1920-1930 como consecuencia del choque moral de la primera guerra. En Mauriac el catolicismo viene de familia. Sin embargo, desde la adolescencia el escritor mostró que su espíritu religioso estaba desligado de circunstancias sociales y políticas, y tenía menos que ver con lo temporal que con lo eterno. El catolicismo de Mauriac no acepta, pues, el oportunismo de Paul Claudel, para quien la iglesia debe ser un arma de combate en todos los terrenos de la lucha contra el racionalismo.

Mauriac no es un definidor de conciencias y un moralista. Si no me engaño, su tendencia natural lo lleva más cerca de San Agustín, hombre de emociones, que de Santo Tomás, hombre de razón y especulación, lo cual no es extraño en un artista. En todo caso, el Premio Nóbel no ha premiado en Mauriac al católico, sino al hombre que estudia y analiza en sus atrevidas novelas los reversos del bien. Como tampoco premió antes en Gide al protestante, sino al héroe —por decirlo así— de la honestidad intelectual, (independientemente de su falta de honestidad en otros terrenos).

La narración autobiagráfica publicada por Mauriac en 1932 con el título "Commencements d'une vie" nos permite ver los problemas de su iniciación como escritor disconforme, y la delicadeza con la que afrontó en plena adolescencia el problema capital: la tentación de los sentidos y las prohibiciones y tabús de la fe religiosa. A lo largo de su vida, ese va a ser el eje de sus emociones y el foco de su atención. Desde "Le baiser au lepreux" (1922) hasta "La Phorisienne" (1941) la estructura, la manera es la misma.

¿En qué consiste esa manera que le ha permitido mantener en su vejez la adhesión de los lectores de su juventud y sobre todo eludir la sombra del sectarismo que sus enemigos proyectaban sobre él? En primer lugar, Mauriac es un psicólogo de una sutileza sin par en la Francia de hoy. Y como el poeta y el psicólogo van juntos —a pesar de que como poeta no hizo nada notable ni siquiera en el mejor y más reciente de sus poemas: "La sang d' Atys"—, a la agudeza del análisis del alma humana hay que añadir un sentido de lo inefable que hace inolvidables muchas de sus páginas. El conflicto del mundo pagano, lleno de alicientes y atractivos con las turbiedades de la sociedad y la amargura del remordimiento, es en sus novelas algo más que anécdota e intriga. Es, sobre todo, atmósfera poética y presencia inexpresable.

En sus dos obras primeras, especialmente "Genitrix", aparecen al lado de una deliberada falta de estructura —la acción no está encerrada en un desarrollo y un fin convencionalmente lógicos— un contraste entre la sensualidad apasionada y la conciencia del bien. De un bien latente, pero nunca presente. Por ejemplo, un padre y un hijo frecuentando clandestinamente a la misma mujer sin perder ninguno de ellos la necesidad del respeto de sí mismos. Un problema típicamente francés encuadrado en los términos conmovedoramente estrechos de la pequeña burguesía. Por lo demás, "Genetrix" es una relación de hechos vulgares y comunes. Los tres personajes son, como suelen ser los de Mauriac, pequeños burgueses de los que hallamos en la vida a cada paso. Si añadimos que las familias de Mauriac son provincianas y están embelezadas en el mediodía, cerca de Bordeaux —región comercial sin tradición romántica—, la impresión de deliberada normalidad es más evidente, y en ella destacan mejor los hechos irregulares y sobre todo, como es natural, los hechos monstruosos.

No faltan estos últimos. "Therese Desqueyroux", publicada en 1927, nos ofrece en un proceso lento y moroso los estados de conciencia de una joven esposa atractiva y aparentemente dulce que envenena a su marido. La víctima no muere. La esposa es juzgada y absuelta, pero la evidencia de su acto está viva en el seno de la familia con la que, por decreto horrendo de la costumbre, sigue conviviendo. Esa mujer a quien vigilan y no dejan acercarse a la cocina, llega a tomar, recluída en su cuarto, unas proporciones monstruosas y, sin embargo, de una "normalidad" suasoria.

Los monstruos de Mauriac no llegan a la guillotina, y su monstruosidad se disuelve a menudo entre la inadvertencia de unos y la maldad difusa del ambiente. En "Le desert de l'amour" la monstruosidad no es tan ofensiva. ¿Es realmente monstruoso el problema moral? No. La Biblia dice: "A aquel que una vez escandaliza a la infancia le valdría más colgarse al cuello una piedra de molino". La heroina de Mauriac está en este caso. La verguenza de su relación antigua con un adolescente, casi un niño, la acompaña en la madurez de los dos, y llega a resolverse en hechos criminosos.

Si las novelas carecen a menudo de una intriga desarrollada progresivamente a la manera del naturalismo del siglo pasado, hay, sin embargo, en todas ellas algún carácter o alguna escena inolvidable. Así, en "La fin de la nuit" (1935) y en "Plongés". Cuando aparece en sus novelas el sacerdote réprobo, es con todas sus consecuencias violentas. Los curas de las novelas de otro escritor francés, Bernanos, son, en cierto modo, santos anónimos. Los da Mauriac son santos o escandalosamente frustrados. En los dos autores hay, sin embargo, una disposición a la comprensión de fondo intelectual y pascaliano.

Yo no he podido tomar nunca en serio al tercero de los escritores católicos: Paul Claudel. Sus truenos de tramoya, sus anatemas y sus gestos dogmáticos se compadecen mal con el espíritu cristiano del que alardea. En cambio, las novelas de Bernanos son las que más impresión me han causado en los últimos tiempos. Muy poderosas artísticamente, no son, sin embargo, tan veraces como las de Mauriac. Al lado de Bernanos y de Claudel, la obra de Mauriac es la de un hombre que no necesita amputar ni reducir la realidad ni mucho menos desnaturalizar al hombre para mostrarnos la posibilidad del bien. Mauriac nos dice: he aquí a ese animal metafísico, abandonado entre el cielo y la tierra. No es malo ni bueno, digno de odio o de amor, angélico ni satánico, y no es mejor ni peor que vosotros mismos. No os apresuréis a juzgarlo. No lo condenéis sin observaros antes a vosotros mismos. Y no olvidéis que todo puede ser y es gracia, en la vida. Esta última es la parte más ardua del pensamiento de Mauriac para algunos católicos y seguramente para Paul Claudel.

Más complejo que Bernanos y Claudel en sus novelas, no lo es, sin embargo, tanto en sus ensayos y en sus polémicas de prensa. Recientemente, Mauriac ha acusado al poeta Cocteau de terribles herejías con motivo de una comedia nueva. Sus acusaciones han hecho ruido y nos presentan a Mauriac, no sólo como un definidor del mal, sino como un juez capaz de sentenciar y condenar. En la confusión de la vida francesa de nuestros días, nada de eso puede extrañarnos. Por encima de la aparente intransigencia, Mauriac lo mismo que Bernanos da la impresión de ser un católico liberal cuyo catolicismo entraría fácilmente en conflicto con el dogma romano. Católicos como Bernanos y Mauriac habrían sido perseguidos en el siglo XV, pero hoy representan nada más que un aspecto curioso de la evolución del pensamiento francés. En estos días, y al mismo tiempo que se daba a Mauriac el Premio Nóbel, triunfaba en París con su drama "Dialogue des Carmelites" el ya fallecido Bernanos. Con los dos, Claudel forma el trío de la literatura religiosa francesa de hoy. Bernanos define el bien y las dificultades y grandezas del espíritu de sacrificio. Claudel pontifica a golpes de salmo y de lirismo bíblico definiendo, no el mal ni el bien, sino los riesgos de la libertad. (Una libertad de la que él se aprovecha para sus anatemas). Mauriac define el mal sin miedo a la presencia formal del pecado, que es, al fin, humano. El más noble, literariamente, es Bernanos. El más convincente, Mauriac.

EL HOMBRE Y LOS AUTOMATAS

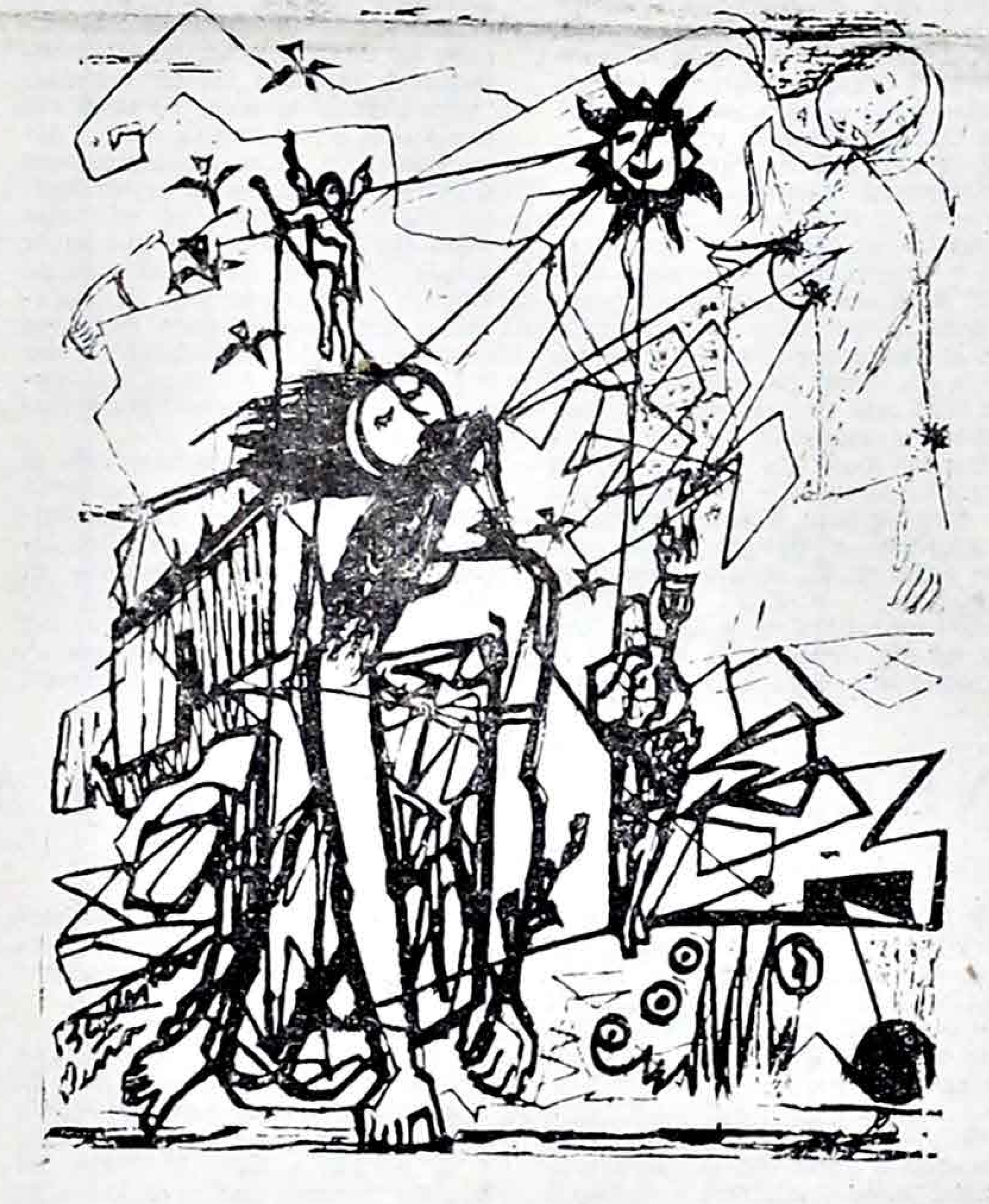
Mucho se habla hoy de la cibernetica y de aquellos monstruosos autómatas cuya silueta se perfila al horizonte de un porvenir ya próximo y terriblemente cargado de amenazas. Muchos se preguntan angustiados si estos autómatas podrán un día reemplazar y dominar al hombre. Películas de pésima calidad y una literatura seudocientífica popularizan a los **robots**, hasta el punto de que el mundo de los niños está ya familiarizado con las aventuras de estos monstruos, simpáticos u horrorosos, animados por algún aliento humano.

Al comentar el libro de un escritor alemán (**Cerebros sin almas: los robots**, por Rolf Strehl), recién aparecido en París en traducción francesa, Daniel-Rops afirma, en las columnas del periódico canadiense **Notre Temps**, que la Humanidad nada tiene que temer con respecto a una posible tiranía de los autómatas, puesto que "no es el **robot** el que tiene en sus manos de acero los destinos del hombre, sino el hombre mismo".

El **robot** puede reaccionar a la luz o a los colores, recordar, reflexionar, calcular, decidir, pero quien lo crea y lo dirige es siempre el hombre. El monstruo de acero no tiene alma, ni libertad; es un instrumento más en la evolución de la especie humana, y nadie tiene en el fondo derecho a tomar frente a él actitudes moralizadoras o a prohibir su construcción. Sería como bregar en nombre del **birthcontrol** o de la espontánea supresión de los ejércitos en un mundo en el que la perpetuación normal de la vida y el estallido brutal de las guerras constituyen aspectos esenciales de la condición humana. Y, al juzgar correctamente las cosas, es poco cristiano oponerse al progreso, sea el espiritual o material, puesto que este progreso cumple con una misión, caracteriza un destino, dirige la historia hacia un fin último que **nadie** en el mundo puede alejar o eludir.

Conforme a la concepción poco actual, visto que encaja más bien en el molde del materialismo histórico que en el de la interpretación escatológica, el robot podrá ser el realizador del paraíso o del infierno en la tierra. Los comunistas pensarán, por ejemplo que los **robots** trabajarán en el lugar de los hombres, y que serán, más que cualesquiera **stajanovistas**, los únicos trabajadores y los últimos esclavos en un rosado paraíso general; los moralistas individualistas se imaginarán, al contrario, que el cerebro mecánico destruirá los "week-ends" del **homo ludens**, y hará imposibles las honestas especulaciones en las bolsas de comercio. Mas lo que piensan los unos como los otros no tiene trascendencia alguna, puesto que los **robots** nada cambiarán en la evolución de la Humanidad. Lo que sí depende de nosotros es sólo el matiz espiritual de la cibernética, su posibilidad en hacer soportable o catastrófica nuestra presencia y lo que de ella queda en el camino finito de los hombres.

V. H.



HILAIRE BELLOC Y EL CATOLICISMO BRITANICO

LA muerte de Hilario Belloc es el signo de adiós a toda una manera de entender el catolicismo en Inglaterra. ¡Qué difícil, casi imposible, ha tenido que ser, pertenecer allí a la Iglesia católica de un modo "natural", normal! (Casi tan difícil como ser protestante en España). Pero todavía mucho más difícil para el intelectual. Tras la experiencia de Newman se vió claro que no bastaba con justificar la fe católica ante la razón y con la historia de la Iglesia; también era —o parecía— menester justificarla ante la historia moderna de Inglaterra, a partir de Enrique VIII. El sentido de ésta y el de la Iglesia romana —realidades, las dos, profundamente "encarnadas" en el mundo— se revelaba como incompatible. Así pues era preciso acometer la crítica histórica más radical mostrando cómo las reformas religiosas del siglo XVI desviaron a la vieja y feliz Inglaterra de su genuino destino y llegaron a alterar incluso el **modo de ser** inglés. El triunfo de los politicos y los ambiciosos de riquezas y poder, desinteresados del "otro mundo", y el de los desequilibrados y extremistas religiosos —los puritanos, Cromwell— perfectamente avenidos unos y otros entre sí, por debajo de lo que a primera vista podría pensarse, superpuso a la Inglaterra medieval una "segunda naturaleza", una condición histórcia en rudo contraste con la antigua, equilibrada, penetrada de latinidad, en suma "católica" hasta en el plano natural.

Estos historiadores católicos se mostraron, con todo, bastante benevolentes para Enrique VIII, tan medieval todavia y al que, temperamentalmente, no dejan de asemejarse ellos mismos. A la misma Reina Isabel estuvieron prontos a comprenderla políticamente; pero le faltó todo sentido poético, mágico, religioso de la vida. Mas con lo que verdaderamente se muestran intransigentes es con esa sequedad religiosa y humana, con esa sequedad religiosa y humana, con esa mezcla de espíritu puritano, mercantil y positivista que constituye, a sus ojos, el tipo medio del inglés cuando está desastido del humor y la poesía, del sentido de la paradoja y el misterio, de la alegría y el amor al prójimo, sedimento ancestral del viejo catolicismo. El día que se estudie despacio este, tras el de Newman y sus amigos, segundo movimiento católico inglés, se verá bien hasta qué punto quedó marcado por el positivismo, en su lucha frontal contra él. Su filosofía consistió, lisa y llanamente, en "anti-positivismo".

No conozco bastante la historia de Inglaterra como para discutir su interpretación por este grupo de católicos. Pero tampoco es ése el ángulo desde el que miro la cuestión. Lo que me parece exorbitante es que al católico inglés, por muy intelectual que sea, se le imponga como parte integrante de los **preambula fidei** o poco menos, la revisión a fondo de la historia moderna de su país. La posibilidad de ser, a la vez y con igual lealtad, católico e inglés ha constituído una tremenda dificultad en épocas de imprecisa distinción entre el orden temporal y el espiritual. Pero los problemas que trae la historia ella se los lleva también. Hasta hace pocos años, practicar la religión católica en los Estados Unidos era, asimismo, casi sinónimo de "actividades antiamericanas"; y hoy, cambiadas las tornas, los extremistas del americanismo son precisamente unos cuantos católicos. No; el problema actual de los católicos ingleses no es un problema de filosofía de la historia. Ni el hecho de que en el siglo XVI Inglaterra se apartara de su fe implica, necesariamente, que se desviase de su genuina dirección histórico-cultural. ¿Es que una apostasía nacional no puede tener, más aún, no tiene, sin duda alguna, aunque para nosotros sea inescrutable, profundo sentido dentro de la teología de la historia?

El problema del catolicismo inglés no es, pues, ya un problema histórico-político; pero tampoco un problema antropológico del modo de ser, quiero decir del **talante**. El talanta católico, si lo hay, tendrá que ser un punto de llegada, no de partida. Católico, como cualquier otra cosa, hay que empezar a serlo desde la situación concreta. Somos libres; pero nuestra libertad no empieza en cero. Por eso, en la conversión nos convertimos a la fe; pero sería absurdo exigir que nos convirtiésemos a lo que solamente su ejercicio habitual, a través de los años y las generaciones, envuelto en toda una tradición.

La biografía de Belloc ostenta, en su sencillez, dos hechos sumamente significativos. En primer lugar, el de que naciera en Francia; pero, sobre todo, el de que hasta los treinta y dos años de edad no sintiera la necesidad de adquirir la nacionalidad británica. El catolicismo ha sido considerado en Inglaterra, hasta hace pocos años, y a juzgar por ciertos signos, como se ve, no sin alguna razón, como una postura extranjerizada, anómala y, por lo menos, "extravagante". (Bien es verdad que ningún otro país posee tan grande —y paradójica— capacidad como el inglés para admitir dentro de sí lo que literalmente "vaga por fuera" de él). Recuérdense por ejemplo, las novelas —tan traducidas y leídas en España hace unos doce años— de Maurice Baring, íntimamente ligado a este grupo. Los personajes en quienes acontece la lucha de la gracia son, casi siempre, desarraigados de su país, diplomáticos, ingleses que viven en el extranjero, gentes de mundo o del **demi-monde**. El catolicismo no era todavía, ni mucho menos, un régimen de vida "normal". Empezará a serlo en los católicos de la generación siguiente: un Bruce Marshall, por ejemplo, hombre, en este sentido, de transición. Lo será plenamente desde hace muy pocos años. Los personajes de Graham Greene llevan el catolicismo sobre sí con la misma naturalidad que la lengua; tanto que por eso mismo, a veces apenas se ve. Y no se debe olvidar que aun cuando Chesterton fué un gran escritor, gran escritor de su época fué Bernard Shaw. En cambio, hoy, los dos novelistas más leídos, con gran diferencia, por los ingleses son, a dos niveles distintos, Graham Greene y Cronin, es decir, dos católicos. Belloc fué el historiador de la reforma y el catolicismo ingleses.

CONTEMPLACION DEL RECUERDO



Verte es saber tu destino.
¿Cerca de mí? Cerca y lejos
todas las cosas que tuve
descansan en tu silencio.

El mundo entero y reunido
lo perdí contigo y pienso
si habrá una vida distinta
del desvivir del recuerdo.

¿Vuelves, Abril? Son tus ojos
presentes y duraderos:
me miran, me están llamando,
me llaman, me están doliendo.

Mientras la luz hace al mundo
y el ser va inventando el tiempo
que nos tiene entre sus brazos
siendo a la vez y no siendo,

vuelvo a encontrar tu sonrisa,
tu mirada y tu silencio.
¿Volviste, dime? Ya canta
la primavera en el huerto.

Para morir no me sirven
los ojos con que te veo;
para verte no me bastan;
para recordar los tengo.

* * *

Un olor de adelfa joven,
de mirto y de limonero,
va entreverando en el aire
lo que miro y lo que sueño.

¿No era la sierra con nieve
que estaba aprendiendo a serlo?
¿No eran tus manos, las manos
que al verlas me parecieron

niñas y solas y andando
como al encuentro de un ciego,
y la mirada que a veces
contestaba atardeciendo

Pon la cruz sobre tu risa,
Pon la cruz sobre tu pecho,
pon la cruz sobre tus labios:
lo verdadero no es cierto

¡y ya la vida es inútil
para llorar! Con el viento
de ayer se ciega la arena
en la extensión del desierto

del corazón, y mañana
no volverá el alba al cielo
con la viviente alegría
de ser luz y de saberlo.

* *

¿Eres tú? Nada ha cambiado.
Estoy mirando y creyendo.
Veo tu vida entera y junta
en el umbral de mi sueño.

Así eras niña: tenías
los ojos yendo al colegio;
yo los llevé de la mano
sin verlos, casi sin verlos.

Y luego vuelvo a soñarte
como serás cuando el tiempo
se vaya abriendo en tu carne
como una grieta en el hielo.

No sé si te miraría,
pudo tan sólo el deseo
imponerle a la memoria
este recuerdo que tengo;

no sé si la sed fué el agua,
—dime, no sé, no sabemos—
pero haciéndose costumbre
tengo la sangre y recuerdo

que tú mirabas mis ojos
sin verlos, casi sin verlos,
sin vida, casi sin vida
sueño arriba y sangre adetro.

* *

Amor, amor: playa abierta
donde se deshace el tiempo,
con la esperanza soñado,
con la costumbre desierto.

¿no has de volver a llamarme
desde el umbral de mi sueño?
Para morir no me sirven
los ojos con que te veo;

para verte no me bastan,
para recordar los tengo:
ésta es tu boca y tu frente
tu sonrisa y tu silencio.

¿Pero eres tú o es el paso
de la memoria cubriendo
de yerba el cauce que un día
tuvo espuma y movimiento?

Ven a descansar mis ojos;
eres verdad y eres sueño,
pero te tengo a mi lado
y viéndote me consuelo.

Siguiendo tu mano amiga
perdí la paz del sendero;
ya está el corazón callado,
Abril, y en su olvido trémulo

todo es mentira desnuda:
azul en cándido vuelo,
nieve alcanzada y herida,
fervor intacto del viento,

¡también vosotros estáis
siendo a la vez y no siendo!
¡también os gozo y os miro
sueño arriba y sangre adentro!

sueño de vida que duele
sin ti, medida del tiempo,
sin ti, límite del hombre,
sin ti, promesa del cielo.

LUIS ROSALES

ALBERTO SCHWEITZER
DE GUENSBACH A LAMBARENE

por GUERT CONITZER

III

NO es cierto que el hombre quiera distracción; quiere meditación, concentración, recogimiento, formación. Anhela algo esencial. Espera ansiosamente consolación y ayuda que necesita más, en este siglo de ciencia criminalmente aplicada, que el hombre de las cavernas que sólo temblaba y rezaba frente al trueno y al relámpago, y siendo él mismo parte de esa naturaleza. En último término se abre un libro, se busca un amigo, para hallar sentido a la vida, para tapar el abismo de la muerte con un pedazo de cielo. Es, pues, un problema religioso: consuelo esperamos de la religión. Pero hay gente a quien ni la religión puede ayudar ya, como vemos en las estadísticas de suicidios; la religión presupone fe para la cual a veces no alcanzan las fuerzas. Casi nadie puede socorrer auténticamente al prójimo, pero, por lo menos, todos podemos compartir el sufrimiento y aliviar la carga, disminuyendo el fardo común. La vida de Albert Schweitzer puede ser ejemplo para muchos, dar aliento de fe y para la fe, dentro de la vida opaca que llevamos, con sólo meditar su postulado Reverencia por la Vida, la ajena y la propia, que la poseemos en feudo para entregarla un día lo más limpia posible.

La vez pasada, y tratando siempre de subrayar la línea general de su pensamiento, me referí al "no matarás!" y "no atormentarás", que arraigaban en la gran experiencia de la infancia y juventud de Schweitzer. ¿Por qué castigar al perro que se abalanzó sobre los uniformes, en vez de tomarlo firme por el collar? ¿Por qué hostigar al pobre caballo asmático si los ojos cansados y los flancos jadeantes del animal eran acusación más tarde? Por mucho tiempo le perseguía el aullido del perro acallado a latigazos. Hasta la idea de pescar, atravesando al gusano en el anzuelo y rasgando la boca de los peces, se le hizo insoportable; no lo hacía nunca y tenía el valor de disuadir a quienes lo intentaban. Está demás mencionar lo que pensaba de las corridas de toros. A base de estas simples experiencias, formuló Schweitzer su tesis básica de que sólo tenemos derecho a infringir dolor y muerte a otra criatura si existe una necesidad inevitable; y que es inadmisible hacer sufrir y matar por irreflexión, descuido, por entretenimiento. Cree Schweitzer que, en el fondo, todos tienen la misma convicción pero que no lo confiesan o no se atreven a confirmarlo por temor a que se les tilde de sentimentales, o que por abulia se desentienden del dolor ajeno. Albert se juraba no permanecer nunca indiferente al dolor y mantenerse invulnerable al reproche de "sensiblería".

Leía insaciablemente; no podía abandonar un libro empezado. Si le gustaba, lo releía dos y tres veces. También su interés por la cosa pública ya es evidente desde la juventud. Seguía las noticias del mundo concienzudamente; en tanto las calificaciones de colegio seguían malas al punto que el director sugería que los padres retiraran de la escuela al futuro triple doctor. El cambio milagroso se operó por la edificante auto-disciplina de un profesor que preparaba sus clases minuciosamente, devolviendo los cuadernos puntualmente; Albert se hubiera avergonzado de disgustar a este maestro a quien tomó como ejemplo. Lo que no pudieron amoniciones, logró el hombre celoso cumplidor de sus deberes. Igual pasó con la enseñanza del piano. En vez de practicar, prefería improvisar; no quería tampoco dejar traslucir su emoción al tocar una bella pieza. La amistad creciente con su comprensivo maestro Münch remedió todo; y por fin éste le dió las tan ansiadas lecciones de órgano, instrumento que "estaba en su sangre", como dice el mismo Schweitzer. A los nueve años, suplía ya al organista de la iglesia; y a los quince, tocaba un órgano de tres teclados y sesenta y dos registros. Desde él, con deleite dejaba fluir la marejada de la majestuosa música sobre coro y orquesta. Tal la primera etapa en la vida del organista Schweitzer.

La primera etapa del pensador religioso se inicia con la instrucción de catecúmenos. Difería él de su maestro que sostenía que, ante la fe, debe callar toda reflexión. Sigue convencido de que la verdad de las ideas fundamentales del Cristianismo pueden remacharse con la meditación; el pensamiento nos es dado, dice, para comprender todas, aun los más sutiles postulados de la religión. El pastor tomaba a Albert por indolente, cuando en verdad, el joven sentía la santidad de esa época de su vida tan intensamente que casi lo enfermaba. ¡Con cuánto cuidado debemos juzgar a nuestros alumnos para que la vida no nos desmienta! ¡Cuánta intuición se precisa para guardarnos de errores a veces trágicos! En un corazón de niño sucede mucho más de lo que él deja adivinar. El servicio religioso para misioneros que celebraba su padre, dejó en Schweitzer profundas huellas, lo mismo que las Memorias, traducidas por su padre, de Casalís que había catequizado a los negros Basuto.

En sus frecuentes paseos por Colmar, ciudad cercana a Günsbach, solía detenerse ante el monumento al Almirante Bruat, obra de Bertholdi, autor de la Estatua de la Libertad de Nueva York. Entre las figuras del monumento se destaca la de un negro esculpido en piedra. Según los recuerdos de Schweitzer, redundaba en un hombre hercúleo de expresión pensativa y apesadumbrada, su rostro delataba la miseria del Continente Negro.

Ya alcancé todavía a contemplar el monumento en 1939, poco antes de que los nazis decapitaran la hermosa escultura del negro, —para ellos símbolo de una infra-raza como lo del indio, según su teoría estrafalaria. Pláticas del padre, lectura del Casalís, la visión del negro desventurado,— con todo esto en la mente, ya no le satisfacen las clases de Ciencias Naturales en las que, con suficiencia, se "explica" la naturaleza, mientras que para Albert está llena de misterios y de crueldad; así también "explican" la Historia, la Literatura, la Poesía. Las definiciones, genealogías, nomenclaturas son sólo accidentes, pero no son la sustancia intrínseca, la esencia de las cosas, el espíritu que no se puede explicar, y para adivinar su arcano no hay sino que despertar admiración, reverencia, amor. No se puede analizar desmenuzando la naturaleza, ni un poema, ni siquiera un hecho histórico. Hay que intuirlo, sentirlos, sufrirlos si cabe. Es, pues, "el espíritu que edifica al cuerpo"; así lo toma el hombre religioso, para quien el parentezco con Dios significa mucho más que cualquier abolengo social o razones materiales. Estas convicciones se nutren además del ambiente y de la idiosincrasia alsaciana y de su propio hogar.

La pubertad de Schweitzer se caracteriza por un afán de discutirlo todo, siempre buscando lo verdadero y lo racional. En el fondo, dice, soy todavía tan insoportable como entonces... Pero muy luego, a este afán se sumó la tolerancia, comprensión humana y la consideración a los demás. Evitaba, pues, ser insistente y machacón; si tenía que tomar parte en charlas insulsas, ya no se sublevaba como antes, aunque encontrara lamentable perder tiempo en vez de hablar seriamente sobre temas serios, en vez de descubrir anhelos, sufrimientos, esperanzas con dignidad. Tiene Schweitzer un alto concepto de la integridad del joven y opina que el mundo sería distinto si conserváramos nuestros ideales de juventud a través de toda la vida; cree un error decir al joven que la vida se encargará de quitarle su ideal. Al contrario, si es bastante fuerte, alumbrará toda su vida. Ahora mismo se brinda gustoso a discutir con muchachos y nunca aduce su edad o su experiencia de ventaja o argumento, como es costumbre en Europa.

Albert era sobrio y ahorrativo; como en su casa no cesaban las dificultades, gastaba sólo lo indispensable; prefería usar la ropa "achicada", acostumbrado ya a las burlas de sus camaradas. Su padre, por entonces achacoso, posteriormente recuperó la salud para llegar a viejo y gozar íntimamente de su obra en la de su hijo. La madre, en cambio, murió joven, atropellada por caballos militares durante la Guerra del Catorce; triste sino de muchas madres que no alcanzan a ver el éxito de sus hijos, fruto de sacrificios y desvelos. Adivinamos el dolor de Schweitzer, dolor que acrecentó su amor a la paz y su caridad. Más bella le parece su juventud recordando el cariño y la comprensión de sus padres: "nos educaron para la libertad", dice. ¡La casa pobre pero siempre llena de amigos! y el padre su mejor amigo siempre.

¿Tenía él derecho a tanta felicidad? se preguntaba. Le roía su propia dicha comparada a tanto dolor en otros. Sus alegrías, su salud, su fuerza no debía tomarlas como un derecho y una suerte merecida. Meditaba mucho en la parábola de Jesús sobre los Talentos, quien más recibe, más debe devolver; creía que quien está exento de dolores propios, debe mitigar el sufrimiento ajeno. Todos debemos compartir el peso de miseria cargado sobre el mundo. En una de sus hermosas metáforas, —bien pudo haber obtenido por sus libros el Premio Nóbel de Literatura,— dice que el dolor de la criatura era, al comienzo, para él como una nubecilla recién surgida en el horizonte, de la que podía a veces apartar la vista; pero que, al madurar su conciencia, crecía la nube lenta y fatalmente hasta cubrir todo el cielo, su cielo interior. Su decisión personal de ayudar a mitigar la aflicción humana, la tomó al cumplir veintiún años. Hasta los treinta años se concedía a sí mismo el derecho de dedicarse a la música, a la ciencia, a su vocación celestial para después asumir el servicio directo e inmediato a sus semejantes. Las circunstancias le indicarían en qué forma. Pensó primero en una actividad en la misma Europa; hacerse cargo de niños desamparados; dedicarse a rehabilitar excarcelados y vagabundos. Entretanto empezó a tantear su camino buscando a familias pobres y socorriéndolas con el dinero que humildemente pedía a los ricos. Se convencía cada vez más que las sociedades de beneficencia cumplen funciones importantes pero no completas; el contacto personal y cordial es factor decisivo para el bien, como hoy lo entiende el Servicio Social del que, como se ve, resultó Schweitzer precursor.

Fué casualidad o predestinación que un día leyera en la hoja de la Sociedad Misionera de París un artículo titulado "Le besoin de la Mission du Congo". En él el autor alsaciano se lamentaba de la falta de gente para cubrir las necesidades espirituales y sanitarias del Gabón Ecuatorial Francés, "gente en que ya estaba puesta la mirada del Señor". Y termina con estas palabras que Schweitzer las tomó como expresas para él. "La Iglesia necesita de hombres que, a la señal del Maestro, contesten simplemente: Señor aquí me tienes". Schweitzer añade, con sencillez conmovedora: —Cuando acabé la lectura del artículo, me puse a mi trabajo. La búsqueda había llegado a su fin.

Se presentaron los conflictos. Algunos amigos se quejaban de que no les hubiera consultado su decisión; otros objetaban que trabajar entre salvajes debía dejarse para los que no tenían dones que sacrificar, arte, ciencia. A nadie, dice Schweitzer, se le ocurría que el anhelo de servicio y el amor predicado por Cristo, podían sacarle a uno de su órbita anterior; ni aun los teólogos que podrían y deberían estar familiarizados con una lógica superior, lo comprendían. Schweitzer se entristecía de que todos se sintieran con derecho, y hasta obligación, de penetrar en su corazón y hurgar su mente. En tono burlón menciona que no faltaban quienes atribuyeran a decepciones amorosas su resolución de tomar el camino del bosque primitivo; ni los que creían que había perdido la razón.

El mismo nos daba cuenta de los riesgos, pero confiaba en su "salud, buenos nervios, energía, sentido práctico, tenacidad, serenidad, sobriedad y, ante todo, temperamento capaz de soportar un fracaso". El sabía que se había propuesto algo extraordinario; pero creía tener derecho de hacerlo en la convicción de que quien sabe realizar y dar valor a cualquier trabajo, por insignificante que parezca, puede proponerse también una meta fuera de lo común.

Lo empujaba un entusiasmo grave y sereno; no quería que calificaran de heroica su decisión, pues él entiende por heroísmo la facultad de renuncia y sufrimiento. No existe para él el heroísmo de acción, —con lo que caerían rotundamente tantos héroes. Piensa Schweitzer que actualmente poca gente puede darse el lujo de escoger libremente su trabajo y cumplir su vocación, unos por falta de salud, dinero o porque tienen familiares que de ellos dependen.

Comprendía sí los argumentos que le oponían. Predicador querido por todos, filósofo y, ante todo, organista célebre, podía llevar por doquier felicidad, alegría y fe con su palabra y con sus manos; sólo una misión y un llamado podían arrancarlo de estas alegrías. No le desconcertaban tampoco las dificultades; "el que ansía el bien, no debe esperar que le faciliten su obra y debe más bien estar dispuesto para que se le aumenten los obstáculos". La fuerza se duplica al resistirlos y así los vence. Prefiere una labor simple, silenciosa que no atraiga las miradas. A pesar de todo, el hospital de Lambarene atrajo cada vez más la mirada del mundo. "Ser hombre para los hombres que necesitan de un hombre". ¡Bella y clara meta!

Y ¿por qué no pudo haber ido al Africa como predicador que era? ¿Por qué esperar y estudiar medicina siete largos años? Lo explica diciendo que allí donde pensaba ir, no existía médico, cientos de millas a la redonda. Quería obrar sin tener que hablar. Nos dice que es fácil hablar de religión de amor, pero difícil y urgente, practicarla. Cita el ejemplo histórico de Aníbal que, para conquistar Roma, tuvo primero que reducir a la Península Ibérica. Además la Sociedad Misionera de París aceptaba sus servicios como médico, comprometiéndolo a "estar mudo como un pez" porque los dignísimos socios no confiaban en misionero de conceptos tan poco dogmáticos, tan poco ortodoxos...

Empezó la época dura para Schweitzer, una lucha constante contra el cansancio; no sólo tenía que estudiar la nueva ciencia sino también ganarse la vida habiendo dejado la cátedra, casa parroquial, estipendios. Sus antes colegas, ahora profesores, le eximieron del pago de aprendizaje, aunque alguno de ellos hubiera preferido remitirlo más bien al psiquiatra, como risueñamente hace notar Schweitzer. Sus conciertos en París y en el Orfeo Catalá de Barcelona lo hicieron famoso, equilibrando su vida de estudio continuo y sus quebrantadas finanzas. La medicina llegó a interesarle por sí misma; después de las especulaciones filosóficas y teológicas, le gustaba la disciplina médica por la necesidad de comprobar cada hipótesis con hechos; actitud mental que luego beneficiaría también las asignaturas abstractas. Su Tesis para obtener el doctorado, se nos antoja extravagante, pero fué el resultado del espíritu racionalista de la época. Refutaba en ella punto por punto, con detalles interesantes, la suposición médica de una psicosis o enajenación mental de Jesús.

Fué gran sacrificio para Schweitzer abandonar su cátedra de filosofía y su púlpito en Estrasburgo, siendo para él necesidades vitales el enseñar y el predicar, a tal punto que hacía un rodeo a San Nicolás para no reavivar recuerdos que se volvían reproches. A esto se agregaba su dependencia económica, pues sólo se mantenía el producto de sus conciertos y de la venta de su famoso libro sobre Bach, escrito en francés y luego ampliado en alemán.

Mucha fuerza moral le dió, sin embargo, su amistad y posterior matrimonio con Helene Bresslau, hija del conocido profesor de Historia de Estrasburgo, que sigue siéndole colaboradora valiosa y valiente, y que a su vez se preparaba como enfermera para acompañarle en Africa (Helene Bresslau es de ascendencia judía, como lo son varios de los médicos de Lambarene; es un timbre de honor para este pueblo errante que siga buscando la luz por dondequiera que ella despunte.)

Por fin llegó el fatídico 1913 en que Schweitzer debía embarcarse para su nuevo destino; ya se temía la guerra; se empezaba a pagar en papel en vez de oro a los empleados públicos. El dinero que habían reunido los amigos para ayudar al misionero y su mujer, fué invertido en setenta cajones de medicamentos, instrumental, material para el hospital que había de levantarse desde los cimientos; el saldo llevaría el cauto Schweitzer en dos mil marcos oro... Su última tarea había sido la de hacer listas minuciosas de pedidos de enseres y material médico; esta tarea nada grata, la convirtió el genio práctico de la sabiduría, con un esfuerzo mental, en un placer casi artístico, haciéndola con fruición limpia, perfecta, ordenadamente.

En febrero de 1913, los esposos partieron de Burdeos, preocupados por el viejo continente que dejaban envuelto en sombras amenazadoras y por la incertidumbre de lo que les esperaba en Lambarene. Este puesto de socorro en Africa había sido fundado en 1876 por el médico norteamericano Dr. Nassau, pero tuvo que ser abandonado porque en la "Colonia" sólo se toleraba la enseñanza a los niños negros en francés...

De las inauditas dificultades del primer tiempo en el corazón del trópico, nunca podremos darnos cuenta cabal, aunque conozcamos todos los detalles. Su primer consultorio fué un viejo gallinero casi en ruinas y sin luz: allí Schweitzer practicó las primeras operaciones.

Aun antes de poder desempaquetar instrumentos y medicinas, se vió asediado por enfermos que, en canoas, río arriba y río abajo, habían venido ante la noticia de la llegada del médico, rápidamente difundida por sus tambores primitivos a través del bosque virgen.

Las enfermedades que se le presentaban, eran pavorosas por su gravedad y frecuencia: lepra, enfermedad del sueño, locura, disentería, framboesia, elefantiasis, malaria, excemas, pulmonías, afecciones cardíacas, hernias estranguladas. La miseria era espantosa. "Aquí todo el mundo está enfermo", decía un cacique. "Este país se come a sus hijos", decía otro. Casi imposible encontrar ayudantes responsables, peor aun con la multitud de lenguas y dialectos, las supersticiones y el estado de atraso de la gente. José, su intérprete y ayudante eventual, que había sido antes carnicero, se refería siempre al dolor del lomo, la chuleta, el pernil... El flamante doctor no se animaba a seguir el consejo que le dieron de despedir a los "casos perdidos": era una ventaja, sin embargo, anota Schweitzer, que se podía decirles toda la verdad, pues para estas cándidas almas, de raza "primitiva", la muerte es algo natural que no temen y que enfrentan serenos. La esposa del médico se hacía cargo de la ropa, vendas, botica, practicaba las anestesias y además cuidaba de la casa en ese clima tropical, malsano y húmedo con incontables y gigantescos bichos que daban fin hasta con las cartas colgadas del techo.

El hospital hecho con sus propias manos y la escasa ayuda de los acompañantes de los enfermos, a quienes había también que alojar y alimentar comenzó con cuarenta enfermos diarios, muchos de ellos graves que preocupan constantemente a Schweitzer que no podía encallecerse al dolor humano. Empezó a pedir víveres y servicios personales dentro del área del hospital, más que como ayuda, como sistema de educar. Los más salvajes todavía exigían un regalo del doctor cuando se les daba de alta; había llegado a ser su amigo... Así empezó Schweitzer hace cuarenta años, sólo interrumpidos durante la guerra del Catorce cuando él y su mujer fueron arrestados primero y luego devueltos a Europa como extranjeros enemigos.

La parábola de Lázaro y el rico estaba continuamente en su conciencia. Veía al blanco, representante de centurias de civilización y cultura, provisto de armas contra enfermedad y dolor, y al negro de Africa como al pobre Lázaro indefenso en sus miserias. Quería, pues, purgar aunque fuera en forma mínima, la gran deuda del blanco al negro oprimido, explotado y abandonado por siglos, pues "el dolor es un señor más terrible que la muerte".

Mientras cariñosamente sus amigos se burlaban de él diciendo que después de salvar los viejos órganos en Europa ahora se dedicaba a salvar viejos negros en Africa, Schweitzer con la angustia de la guerra encima, iba edificando en su apartado rincón sus teorías éticas sobre La Decadencia y el Resurgimiento de la Cultura.



EL ANGEL DE LAS CIUDADES

por ANGEL VALBUENA PRAT

CAMBRIDGE es fina como un encaje gótico. Su cima espiritual, entre "backs", suaves de verdura y de rocío, aparece en la capilla de su Kings College, hecha de niebla blanca y de nieve en sugerencia de arquitectura ojival de ensueños dibujados. La niebla parisina, blanca de nieve, es la decoración propia de la Cambridge invernal. Como para la Londres de la City y de las grandes aglomeraciones urbanas, está a propósito una niebla aceitosa y turbia. Oxford es universitaria a la manera jerárquica. Los colegios se ordenan en torno a una cúpula de Renacimiento. Edimburgo lleva castillos y valles a la misma ciudad: la ciudad romántica de historia y de ternura, que hace asomar de su desnivel en "color local" la estatua ochocentista de Walter Scott.

Avila se afirma en cinturón de murallas. Se ha hablado de demasiado de Avila en función de Santa Teresa. El mundo de la Santa, aunque puede alinear arquitectura de "castillo interior", vive más ambientes de sonrisa y ternura, como Murillo. Pienso en la "cocina de los ángeles" del pintor sevillano —en el Louvre— ante la famosa frase de que "entre los pucheros anda el Señor" Avila —en cambio— es la más pura realización de la belleza a base de geometría. Esquema de murallas, concreción de infinito en línea. Avila ve a Dios sobre los rectángulos.

Contrastes entre ciudad vieja y ciudad nueva: Parece, en ocasiones, que la urbe actual rechaza de tal manera su pasado, que lo aleja, que no quiere ni verlo. Pisa ha dejado sus grandes monumentos de arte en una plaza extrema. Entre la catedral y la torre inclinada crece la hierba. También León ha dejado su catedral, de aire en color, a un extremo. A un lado comienza lo que lleva a una avenida de estación; a otro, las huertas que piden agua y arreboles de puesta de sol.

París es una ciudad hecha con la razón. Jardines, avenidas, y colocación de monumentos, todo está dirigido por una inteligencia cartesiana. Londres en cambio, se engendra en confusión. Las casas ahogan su formidable catedral de San Pablo. Pero la jardinería vive, entre aromas y vahos de río, circundando las calles y rincones de tibia atracción de regazo. Por eso los niños viven, juegan y tienen ardillas en los parques. París se ha hecho sólo para parejas prematuras o estériles. ¡Bon-soir Monsieur-dame! La penumbra y la suciedad pueden venir como cortejo del romanticismo. En Toledo las sombras asustan. En Toledo no hay agua. Pero este subsuelo de estética vive divinamente cuando hay catedrales y grecos. Cuando sólo quedan los malos ambientes quedan ciudades viejas como Lérida o Ventimiglia.

Gerona tiene su zig-zag romántico de callejas y rincones, pero la piedra se impone como un coloso. Tras las sorpresas de visita de ciudad en sombra, se ilumina una escalinata de catedral de grandeza romana —de la Roma del Buonarrotti y el Bernini—. ¡Qué tristes las ciudades con una catedral a medias, como Nambonne! Tan tristes como estar en el Purgatorio. Pero en un purgatorio de humedad y río sin desemboque.

Cuando se queme Toledo, vivirá con el Greco en el Infinito. En cambio, Coimbra se eternizará en una inundación de río.

Alicante: una hilera de palmeras y un puerto.

Un día los ángeles cogieron a Jerusalén y la trasladaron a España. Milagro de palmeras. Y esa fué la obra de la fundación de Elche.

Se puede ser geometría y pradera a la vez. Angeles y luces entre los aldeanos y las rosas. Edad Media franciscana y Renacimiento entre el palacio y la escultura contorsionada. Ejemplo único: Florencia.

Florencia es la ciudad que sonríe. Santiago de Compostela llueve sus piedras empapadas de p a i s a j e. Coimbra melancoliza, suavemente, su "saudade". Avila, medita en líneas de arquitectura. Toledo se estremece de éxtasis de fuego.

Para que Murillo dé por resultado a Sevilla, hay que multiplicarle por las sevillanas. En cambio, Sevilla partida por Madrid dió a Velázquez.

Alcalá de Henares es la ciudad del aire. De un aire, entre cerros pequeños, de dignidad de atmósfera velazqueña.

Si a Génova le quitan los barcos del puerto y el pegote barcelonés de gran vía, quedarán las calles desniveladas y en claroscuro que pedirán peregrinos y cántaros de agua.

El demonio ha tiznado de hollín las casas de París.

Un día se soltarán las amarras que unen a Cádiz con la tierra, y la ciudad-barco comenzará a navegar.

Salamanca: ciudad definida en señorial plaza mayor. Segovia: unida a Roma Imperial en acueducto. Sevilla: reverberante en inmenso azulejo.

Tarragona disemina sus piedras de pasado. Gerona coordina sus piedras. Toledo ha disparado sus piedras a un blanco-verde de pintura celestial.

Cada imperio tiene su adecuada ciudad de Retiro. Felipe II vivió El Escorial, para descansar del mundo entre olivares grises, piedras firmes, y la mirada a Dios. La corte del Rey-Sol francés derivó al Versalles de jardinería galante. La impresión de Versalles deja halagos de mármol rosa, de pradera de césped, que hacen a un español pensar un momento —y con las diferencias obligadas de imagen— en el Generalife. La mente queda ahí con artificio de cascadas, con juegos de surtidor, con el morado-rosa de las malvas. "Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos", como en el poeta gongorino de Granada.

Pero El Escorial estremece, en dignidad y afianzamiento. En lo hondo el panteón de los Reyes. A un lado, para meditar, elegante y severo, el cuadrángulo del jardín de los frailes, señorial, monástico, y suave de cristal de lago entre muros de piedra en geometría. En el centro, el templo de Herrera, en que el espíritu no perdido de Edad Media aletea entre rectángulos de Renacimiento. El Escorial, España reconcentrada en Felipe II.

Valladolid es Felipe II y España. En piedras grises se pasea una dignidad de Corte. Catedral truncada pero con unidad lograda en su interior. Elegancias de ordenación de piedra. Polvo frío; también, en verano, color sin medida. Pero, siempre, aliento de majestad cortesana.

Lo mismo que El Escorial y Versalles pasa en la Edad Media con Avila y Carcassonne. Las murallas castellanas son un formidable esfuerzo de piedra, de pura piedra y pura línea. Carcassonne ofrece una Cité bella, y casi juguetona. Miniatura de murallas y templo. Guerreros de viñeta de libro de coro. Suavidad de aroma de jardín. Entre fuerza y delicadeza se dibujan los contornos del castillo de juguete.

Castilla estiliza sus viudades, sus monumentos, sus filigranas de gótico florido. Por Burgos aletean las ágiles formas del arte del siglo XV. Los sepulcros de la Cartuja de Miraflores con su ornamentación abundante de hojas y rosas llevan el hálito de vida del Renacimiento primero y juvenil sobre el esqueleto de paisaje de invierno del gótico y sobre la tristeza fría de los mármoles. Aquí hay un renacer de estilo y de abundancia. Un milagro de fecundidad. La arquitectura del gótico flamígero es hermana de la literatura de los romances, floración del XV, y de los poetas cultos de la corte de Juan II, el elegante. La rigidez del alma heroica de las gestas se ha adornado con las galas de la Esposa eterna de los "Cantares" y el lirismo de las leyendas del Norte.

Gaudí, el catalán loco de jugar con la piedra a la música y a la pintura, no tiene una ciudad de la que sea resultante, y demonio secreto; como el Greco, es el serafín bizantino, quemador apocalíptico de Toledo, o Salzillo, el jardinero divino de Murcia. Pero tiene una montaña. Monserrat es una sierra digna de Gaudí. Este trazó casas y parques como oleadas de barro o pagodas en devenir. Monserrat es la sierra de trompeterías de órgano y de fantasías infrahumanas. Gracias a la perla celeste de María, sus ermitaños de antes y sus benedictinos de ahora pueden verse libres del demonio del romanticismo, exhalado de las piedras.

Zaragoza está, ciudad aragonesa, tozuda y retorcida, orgullosa de su arquitectura del Pilar. Pero acaso su más típica calidad se enreda en las cúspides de sus torres mudéjares. El demonio del agua trata de minar, eternamente, la arquitectura del templo del Pilar. Pero los ángeles del XVIII, en que asoma ya el color sonrosado del primer Goya, vencen, levantando las piedras y los colores hacia arriba. El río no prevalecerá. Para la resultante estética de Zaragoza hay que sumar, como los vesos de la cuarteta cortante de una jota, el azulejo brillante de las torres del pilar con el ladrillo ocre de las torres del mudéjar. Y en el centro, el Renacimiento, más florentino, más elegante, del Palacio de su Lonja.

La mayoría de las ciudades históricas culminan en aguja o cimborrio de catedral. Sólo Coimbra, ciudad universitaria, acaba en torre de biblioteca. Elegantemente recibiendo de las nubes una ciencia, que es a la vez poema, como las aguas del Mondego.

Avila es de piedra. Coimbra, de seda. Toledo, de llamas.

Sevilla, de claveles. Segovia, de céspedes. Granada, de nieve.

Y por las piedras, las flores, la nieve o el fuego, pasa el ángel de las ciudades.

VESPERTINO DE IDA

TE irás diciendo,
los rumores de la siembra marchita,
los ecos más queridos por los vientos,
por el misterio rubio de las tardes con leyendas
y sin ocaso.

Te irás en la luna plena, con dolor de estrellas,
con cantar de letanías inmensas;
pero tú eres el lucero que duerme y siempre vuelve.

Y aún en la brecha amarga de las cinco primaveras
que doraban tu mirar,
luces el canto más amado por los pájaros.

Luce mi amor la espera de oro
que tu nombre, que tu voz derramó en el fondo
de mi sendero más celeste.

Y en la vera de este río, con las aguas que supieron
del verano de tus trenzas,
las vuelve perlas las piedras mi añoro.

Vuelve lila el tono más rojo de tu rostro en alba,
vuelve gruta, recodo solitario,
las curvas de este río.

Y no sé o no quiero saber
que el invierno ya no es nada
y que tú te vas diciendo
los cinco vientos verdes de la siembrabuena.

WALTER ARDUZ C.

LOS SIETE PESCADORES Y LA SIRENA

por

JOSE MORA

LOS siete pescadores se quedaron asombrados ante aquella aparición inesperada que les sonreía en medio de las olas. Volcados sobre la borda, mientras el barquito se balanceaba lentamente con todo el velamen lacio y sin impulso por falta de viento, le hablaban todos atropelladamente a la extraña y hermosa mujer.

—¿Quién eres?

—¿Cómo te llamas?

—¿Quieres subir a bordo?

—¿Te vienes con nosotros?

—¿Tienes frío?

—¿Quieres un trago de caña?

Pero ella seguía nadando ágilmente a la vera del barco y sonriéndoles como un niño que desde su ventana contemplase un paisaje maravilloso. Parecía no comprenderlos.

Cerca estaba la pequeña islita de árboles, en la que nadie habitaba y todo lo rodeaba con su abrazo agitado y eterno el mar ondulado y azul.

—¡Eh! —dijo el patrón.— Vamos a echarle un cabo y ofrecerle que suba...

Serpenteó de pronto el fuerte cordel sobre las aguas, y la nadadora se cogió a él dando un grito de júbilo y emergiendo hasta la cintura de entre las olas. Completamente desnuda, dorada por el sol, brillante por el agua que se deslizaba por su piel en gotitas que llevaban al iris prisionero, era toda una verdadera visión de prodigio. Tenía los cabellos dorados, los ojos azules y la boca fresca y roja como una cereza madura. Tenía el cuerpo fuerte y armonioso, igual que una estatua.

—¡Eh!... Vamos a ver si la podemos izar... —tornó a decir el patrón.

Todos tiraron a un tiempo del cordel al que la muchacha estaba asida y ella los ayudó en la maniobra, apoyando sus pies contra el casco del barco y apretando entre sus manos fuertes el cordel estirado por el que chorreaba, cayendo luego al mar, una lluvia de gotas. Cuando llegó a la borda, saltó sobre cubierta ágilmente y se estiró con las manos el cabello mojado, que le caía a grandes madejas sobre la espalda. Con un natural impudor de pájaro transido, sacudió su cuerpo desnudo en enérgico desperezo y, sonriendo siempre, se frotó el seno y los brazos para secarse.

Los siete pescadores que la rodeaban atónitos la asaltaron a miradas codiciosas y a preguntas:

—¿Vives allá en la isla?

—¿Te bañas así todas las tardes?

—¿Cómo llegaste aquí?

—¿No sabes hablar?

—¿Quién vive contigo?

Ella miraba a cada uno que le hablaba y sólo respondía con su simpática sonrisa.

—No nos entiende —reconoció un marinero con tristeza.

El patrón, observador y silencioso, se acercó por fin a la muchacha, le puso una mano sobre el hombro y mirándola fijamente a los ojos insinuó en voz alta una vaga sospecha:

—¿No será ésta la Sirena del mar?...

La muchacha tocó el rostro del patrón con infantil afectuosidad, dándole dos o tres palmaditas suaves, y luego, muy curiosa de cuanto la rodeaba, comenzó a ir de un lado para otro, sin decir nada y envolviendo todas las cosas en una larga mirada de comprensión. En la popa, junto a un rollo de cordeles amarillentos, había abandonado uno de los pescadores su gran acordeón viejo; ella lo cogió y lo hizo sonar inarmónicamente. Estremecida por aquel extraño ruido, lanzó una fuerte carcajada y un grito agudo, agrio, que rodó hacia lo lejos sobre la superficie rizada levemente del mar tranquilo.

Los siete pescadores que la rodeaban lanzaron la carcajada también.

—Le gusta la música, Manuel... toca algo... el acordeón y can .... toca algo... —ordenó el patrón a aquel pescador, que tocaba el acordeón y cantaba por las noches.

El pescador tomó el acordeón de las manos de la muchacha, que se lo cedió dócilmente, y se puso a tocar un aire lánguido y lento de su país. Ella oía como si fuera el trino de un pájaro desconocido, ilusionada y contenta.

—Canta también, Manuel —volvió a ordenar el patrón.

Y Manuel cantó luego, con esa voz grave y baja con que los hombres del mar, en las tardes infinitas de las interminables travesías, entretienen su soledad y su esperanza. Cuando terminó, la muchacha le puso la mano sobre la boca, como si de esta manera quisiera expresar su contento, y luego probó a dar con su voz sonidos parecidos. A los hombres les hacía esto mucha gracia.

—Quiere cantar —decían riendo.

Y la rodeaban atentos y complacidos, como esas familias que acechan en corro venturoso los primeros ademanes de un niño de pecho.

Sacaron la botella de caña, y después que bebió ella, haciendo gestos de infantil guiñada por la picazón del alcohol, fueron bebiendo todos.

La calma del viento era absoluta. Las velas, caídas a lo largo de los palos del barco, parecían jirones sucios, inservibles, de unas gloriosas velas antiguas, blancas como ala de paloma. El barquito se balanceaba suavemente como una hamaca.

Fueron sintiendo los hombres en su espíritu aislado y ocioso la presencia de aquella mujer linda, fuerte, joven, cuya desnudez tenía el soberbio encanto de las frutas recién sazonadas. Los ojos clavados en aquel cuerpo magnífico —cobre y rosa bajo el sol,— tenían un brillo fuerte de sensualidad soliviantada. En las manos brutales florecían inexpresables y quebrados deseos...

¡Olor de mar tendría aquel cabello de oro que se secaba al sol sobre las espaldas de curva suave!... Sabor de mar tendrían aquellos senos firmes, y aquellos labios rojos, y aquellos hombros redondos, aquellos brazos en que el vigor había respetado la delicada belleza de la línea femenina...

Ella se había sentado sobre el montón de cordeles enrrollados que tenía en la popa, había cruzado las manos tras de la nuca y así se recostó lentamente mirando hacia el cielo. Ellos, sentados sobre la madera de la cubierta, medio tendidos, la cabeza apoyada en los codos, formaban un círculo a su alrededor. Manuel tocaba el acordeón y cantaba en voz baja. Los demás guardaban un angustioso silencio. Se oía el rumor bajito y el chapoteo intermitente de las olas y el leve chasquido de los palos del barco estremecidos por el continuo balanceo.

Todo el mar azul los rodeaba, interrumpido en un lado por la silueta de la isla llena de árboles, como a unos doscientos metros de distancia...

Rápidamente, la muchacha se levantó, fué tocando cariñosamente en el rostro a los siete pescadores, sonriéndoles con una intensa expresión de simpatía, y luego se fué a la borda, les hizo un gesto de adiós y se lanzó de un salto al mar. Tan ligero fué esto, que sólo les dió tiempo a los hombres para incorporarse.

—Espera... ¡No te vayas! —gritó inútilmente el patrón.

Ya ella iba nadando, rápida como una flecha, hacia la isla. Entre brazada y brazada, se volvía para sonreirles como les sonriera cuando se les apareció. Les hacía adiós con la mano y después continuaba su marcha. Ellos, apelotonados en la borda, se lo hacían con la mano y con los pañuelos. Desaparecía a veces bajo el agua y volvía a presentarse más lejos, vuelta hacia ellos, con la mano estirada en un gesto de despedida, ondulando la mano en el viento como ala de pájaro. Fué pronto un puntito de oro y de rosa, perdido en lo azul y que sólo alcanzaba su retina de hombres de mar.

—Quizás vive allí en la isla —sospechó con vaga esperanza uno de los pescadores.

—¿Será la Sirena del mar? —volvió a insinuar el patrón.

* * *

ESTUVIERON allí toda la noche detenidos por la calma del viento, y a la mañana, no bien el sol había derramado su luz sobre el mar, volvió a aparecerse la Sirena. Tomó el cabo que le lanzaron y saltó sobre cubierta alegremente.

Llevaba en la mano una bolsita de piel y en ella un presente curioso para los pescadores: piedrecitas bellamente talladas por el agua, caracoles raros de esmalte purísimo, ramitas de coral, como arbolitos secos inyectados de sangre... Todo lo repartió entre sus amigos, con liberalidad de niño que da los juguetes.

Más familiarizados con ella, los pescadores se le acercaban, le estrechaban en un fuerte abrazo la cintura o la besaban en los labios, sin que ella se resistiese. Ponían sus manos ásperas sobre los hombros redondos de la hermosa muchacha, sobre sus caderas, sobre sus senos, y ella no los rechazaba.

—La llevaremos con nosotros —decían, —para que vea nuestras ciudades y nuestras casas...

—La enseñaremos a hablar como nosotros...

—Le compraremos vestidos...

—Navegará siempre en nuestra barca...

* * *

El patrón seguía sospechando:

—¿No será ésta la Sirena del mar?

Entretanto, distribuía ella sonrisas y abrazos entre los siete hombres, recibía con agrado sus besos ardorosos, y solamente cuando alguno la ceñía por la cintura con excesiva y frenética presión, se desprendía de él con brusco esfuerzo y una especie de gemido estrangulado en la garganta.

Salió otra vez la botella de caña y el trago circuló repetidamente. El patrón y los marineros concibieron entonces, entre los vapores de la borrachera y los impulsos de la sensaulidad despertada, el proyecto de secuestrar para siempre en la barca a aquella muchacha complaciente y hermosa. Hicieron su plan. La sujetarían, impidiéndole saltar al agua, tenderían las velas y se alejarían rápidamente. ..Entonces llevarían en la barca una mujer para todos, puesto que todos la deseaban igualmente y tenían el mismo derecho. Sería ella la amante de los pescadores, sin celos ni rivalidades, como el porrón de vino en que todos bebían y el balde en que todos se lavaban. ¡Ah, tendrían una mujer arrebatada al mar, como era arrebatado al mar el pescado de que vivían!...

El viento, que había empezado a soplar ligeramente, favorecía sus propósitos. Se pusieron todos a la maniobra, soltaron las velas, izaron el ancla. A ella la distraían unos, mientras los otros trabajaban. ¡Qué ansiedad, qué angustioso apresuramiento, lleno de órdenes entrecortadas, de temblores y deseos y ensueños vagos! En pocos instantes todo estaría resuelto... ¡Tendrían la querida robada al mar!

Pero cuando ya estaba todo dispuesto y el barco comenzaba a crujir violentamente con las primeras bordadas de la huída, la muchacha aturdió a uno de sus vigilantes de un golpe en la sien, echó a rodar al otro por la cubierta con una zancadilla y, riendo siempre, se fué de un salto al mar. Todo fué tan rápido, que no tuvieron tiempo de impedirlo.

—¡Se fué!... —lamentó el patrón desde el timón.

El barco se detuvo. Miraron desde la borda a la muchacha que, como el día anterior, se alejaba hacia la isla a largas brazadas. Se volvía y les hacía adiós, y se oía su risa quebrada rodando sobre el mar rizado y florecido de inquietos ramitos de espuma.

—¡Se fué! —comentaron con infinita tristeza dos o tres pescadores.

—¡Estoy convencido de que es la Sirena del mar —sentenció gravemente el patrón.— La Sirena del mar, que se burla de nosotros.

—Pero, ¿no sería caso que volviera mañana? —dijo, todavía ilusionado, aquel pescador Manuel que tocaba el acordeón y cantaba.

* * *

LOS pescadores no sabían que en uno de los recodos de la isla próxima, oculto entre las rocas costeras, estaba anclado el yath de la señora Edwin, extravagante y aventurera millonaria yanqui, divorciada dos veces y actriz de película por afición irresistible a los ejercicios arriesgados y a las empresas melodramáticas. Bella mujer y gran nadadora ,había querido realizar en el corazón de aquellos hombres aislados y sencillos una de sus más originales y diabólicas experiencias de inteligente aburrida. Aquella noche contaba en la cubierta del yath, rodeada de sus amigos, todos los detalles de la aventura.

—Algunos de los pescadores —afirmaba— creyeron de verdad que yo era una Sirena, y me quisieron robar al mar.

—Ha sido un lance igeniosísimo —comentaba uno de los aduladores.

—¡Admirable! —decía otro.

—¡Quién lo hubiera presenciado! —lamentaba un aspirante a tercer esposo de la bella millonaria.

—Haré con ese asunto una novela y un argumento de película —prometía un escritor.

La señora Edwin reía recostada en su canapé de mimbre, jugando distraída con el collar de perlas que adornaba su garganta.

La noche era hermosa... El yath iba a zarpar.

—¿A dónde nos lleva ahora, señora Edwin? —preguntó uno de los invitados.

—Amigo mío —contestó la interrogada,— creo que tengo derecho a descansar, en mi casa de Nueva York, de esta vida de aventuras y emociones fuertes. Además, ya hemos reunido bastantes temas para los escritores y cronistas que vienen con nosotros y bastantes asuntos para la murmuración de los que allá nos aguardan.

—Pero lo más interesante del viaje —afirmó rotundamente el escritor que había hablado antes— ha sido este episodio de la señora Edwin convertida en sirena...

—¡Quién lo hubiera presenciado! —volvió a lamentar el pretendiente a tercer esposo de la señora Edwin

—¡Oh! musitó ésta, como siguiendo una ilusión imposible. —Lo que yo quisiera, por lo que daría años de vida, es oír a los mismos marineros contar la aventura, y saber qué recuerdo, dulce o amargo, conservan de mí... ¡Pero no podrá ser!...

TODAVIA, aunque hacía un viento favorable, la barca de los pescadores permaneció 3 días más anclada en aquel sitio, esperando inútilmente que la Sirena volviera a presentarse.

Reseña de Libros



DERECHO CONSTITUCIONAL BOLIVIANO del Dr. Ciro Félix Trigo.— La labor del profesor universitario no ha de circunscribirse meramente a impartir las clases diarias que imponen los programas y reglamentos en vigencia. Más aún si esos reglamentos no exigen la constante superación del catedrático mediante trabajos sistemáticos y especializados. Porque cumplir esa alta misión, volcada en obras de calidad científica y documental, debe ser el objetivo, la raison d'être de toda universidad que aspire a llenar las obligaciones que tiene contraídas con la colectividad.

Por eso es digna de encomio la inquietud, la labor de investigación emprendida por un catedrático anheloso de traducir en obras de consulta, o al menos de interés didáctico, las experiencias y conocimientos adquiridos en el ejercicio de la práctica universitaria. Y, cuando hay marcada laxitud en este orden; cuando en la mayoría de Institutos y Facultades no se vislumbra ese afán de investigación científica y se imparte la cátedra de un modo puramente rutinario, es aún más encomiable la actitud del profesor que publica un texto de consulta y de guía para los estudiantes.

Tal es el caso del Dr. Ciro Félix Trigo, catedrático de la Universidad Mayor de San Andrés, cuyo "Derecho Constitucional Boliviano", recientemente aparecido, revela conocimiento de la materia y cumple —sin lugar a dudas— el objetivo que se había impuesto el autor. Ese objetivo sería el de ofrecer a los estudiantes de leyes un texto que les sirva de guía en la adquisición de conocimientos indispensables en la carrera de la abogacía" y que, además, sea "útil en la formación de profesionales idóneos" y de ciudadanos "aptos para el ejercicio de la democracia".

El Dr. Trigo divide su obra en dos partes. La primera trata de las generalidades del Derecho y su relación con el estudio del Derecho Constitucional; además, se refiere a las fuentes de esta rama de las ciencias jurídicas, con especial mención de la Historia, la costumbre, las leyes constitucionales y políticas, la jurisprudencia, la doctrina y el Derecho Comparado, este último que ha tenido considerable influencia en la formación de nuestro Derecho Constitucional. Refiérese también —y esto es lo más interesante— a la evolución histórica del Derecho Constitucional Boliviano, comenzando por los antecedentes necesarios en este caso (el Derecho Constitucional en la antigüedad, en la Edad Media y la Edad Moderna), y concluyendo con la legislación y las instituciones políticas introducidas en América por España y la consiguiente historiación de las leyes constitucionales que periódicamente tuvieron vigencia en la etapa republicana de Bolivia. Particular interés reviste esta parte histórica porque estudia el carácter de las diversas constituciones bolivianas, desde la "Vitalicia" de Bolívar hasta la sancionada por la Convención de 1945 reunida en el período del Presidente Villarroel y las subsiguientes reformas introducidas por la Constituyente de 1947.

Los capítulos del VII al XV están dedicados al análisis de la teoría del Estado, y a las instituciones y derechos generales que constituyen la materia propia del Derecho Constitucional: Estado y nación, concepto de la soberanía, personalidad y funciones del Estado; naturaleza y ejercicio del sufragio, el gobierno y sus diversas formas (autocráticos, democráticos y mixtos), el mandato Rousseau y de tratadistas modernos y los tipos de gobierno según los sistemas parlamentario y presidencial, popular según la teoría de Locke, aun los casos típicos de Poder Ejecutivo colegiado (Suiza, Uruguay).

La segunda parte enfoca la materia misma del texto constitucional boliviano: los derechos y garantías de las personas: derecho de locomoción o libre tránsito, libertad de trabajo, de comercio e industria, libertad de expresión, derecho de asociación, de instrucción y enseñanza; garantías a la libertad y seguridad personales, inviolabilidad de domicilio, derecho de justicia (habeas corpus); naturaleza y concepto actual del derecho de propiedad, limitaciones a este derecho por razones de necesidad pública y del cumplimiento de una función social. Cada uno de estos temas, con sus antecedentes históricos y la diversidad de concepciones según las escuelas individualistas, colectivistas, socialistas, intervencionistas, etc., se explayan someramente, aunque respaldadas siempre por la cita de autores o de textos constitucionales, que denotan amplia versación jurídica.

El ejercicio de las múltiples funciones del gobierno, de acuerdo al contenido doctrinal y la fuerza operativa de los mandatos constitucionales en vigencia, constituyen la trama de los últimos capítulos. Familia, cultura, régimen agrario, ejército, régimen social merecen devoto examen del autor y cierran —con ponderación y lucidez— un texto bien ordenado y ciertamente completo en la materia.

El Dr. Trigo ha cumplido con esta obra no sólo un deber que es imperativo e ineludible para todo profesor universitario. Más aún, ha realizado un estudio metódico, laborioso, interesante, que nada tiene que envidiar a producciones similares de catedráticos y publicistas extranjeros.

Arturo Vilela

LOS DOCE CREPUSCULOS, por Euros Anti. Editorial Charcas, Sucre, 1953.— En una época en que la poesía ha dejado de ser un simple juego verbal, para ejercicio de salones y lucimiento de la persona, no deja de ser un regocijo la aparición de un tomito como "Los doce crepúsculos", que el autor, antiguo catedrático de la Universidad de Chuquisaca, según nos informa oficiosamente la solapa del libro, "se resuelve a dar soltura —dice él mismo— como quien se la da a una bandada de escondidas palomas, o a un cardumen de inquietos pecesillos de colores". Este tono de cursilería no es casual: preside el clima general del libro, veamos si no estos versos:

Qué linda estás así! Ven que te mire.
Levanta esa traviesa cabecita,
y mírame a tu vez. Me quieres? Etc.

Es probable que haya mucha gente a quien todavía le guste esta clase de efusiones, pero por suerte, asimismo, es cada día menor el número de mortales capaces de soportarlas. Existe ya —y gana amplitud de generación en generación— una clara comprensión de lo que realmente es poesía. Basta, para advertirlo, observar la obra de los más jóvenes. El poeta de juegos florales desaparece (si bien todavía los hay entre nosotros). Desaparece el poeta vanidoso, curioso espécimen de flor de invernadero cultivada por una sociedad frívola. El poeta auténtico sacrifica esa popularidad barata, de éxitos fáciles y efímeros, en aras de su verdad y autenticidad.

La Asamblea de Universidades Hispanoamericanas y el Séptimo Centenario de la Fundación de la Histórica e Ilustre Universidad de Salamanca

por

SANTIAGO SCHULZE ARANA

LA prensa local ha publicado informaciones acerca de los resultados obtenidos por la Asamblea de Universidades Hispanoamericanas reunida en la histórica y eterna Salamanca, con motivo de conmemorarse el VII Centenario de la fundación de la celebérrima universidad salmantina.

Tan brillante iniciativa de los organismos españoles, ha sido aplaudida sin reservas en todo el mundo hispánico, cuyas universidades se apresuraron a enviar sendas delegaciones, la mayoría presididas por sus respectivos rectores. La importancia del acontecimiento determinó que las principales universidades europeas acreditaran, también, sus representantes a los solemnes actos que se efectuaron tanto en Salamanca como en Madrid.

Indudablemente que entre todas las actuaciones que tuvieron lugar, se destaca la Asamblea de las Universidades Hispánicas, que después de un trabajo intenso arribó a felicísimos resultados, habiéndose redactado varias e importantes recomendaciones y ponencias.

Una de las ponencias aprobadas, a iniciativa del representante de la Universidad Católica de Valparaíso, contiene la definición de la misión que corresponde a las Universidades Hispanoamericanas, y determina, que ella debe ser más humana que técnica. ¡Qué reconfortador para el espíritu el ver que ahora, después de tantos siglos, sigue irradiándose desde la inmortal España aquel sentimiento de espiritualidad y humanidad que es el basamento de hispanoamérica! La misión de la Universidad debe ser "más humana que técnica", he aquí un principio, he aquí una profesión de fe que en en este nuestro siglo tan desesperadamente preñado de materialismo y desprecio por los valores morales, constituye una clarinada de alerta y una fraternal invitación para dar a nuestras universidades una orientación, —la única—, conforme a la esencia y tradición de los pueblos hispanoamericanos.

No menos importante, en el aspecto práctico, es la resolución relativa a la convalidación de títulos y equivalencia de estudios, que va en directo beneficio de estudiantes y profesionales que deseen continuar sus estudios o actividades en cualquier país de la comunidad hispanoamericana. Esta era una necesidad imperiosa, y a la vez, un vacío muy notorio en el desenvolvimiento de las relaciones hispanoamericanas. Tal recomendación tiene por finalidad conseguir que los estudiantes y profesionales hispanoamericanos puedan continuar con sus actividades en cualesquiera de los pueblos integrantes de la comunidad hispanoamericana, sin trabas ni cortapizas, como si estuvieran actuando en su propio país de origen. Esto, por sí solo, constituye la más definitiva demostración de que los ideales y aspiraciones comunes a estos pueblos, se van concretando poco a poco en brillates realizaciones.

Un aspecto de suma importancia, que en hora buena no ha sido pasado por alto, es el relacionado con la actuación en conjunto de los países hispanoamericanos en reuniones o conferencias de carácter internacional. La moción a la que me refiero fué aprobada por unanimidad y por ella se recomienda a todos los estados que forman parte de la UNESCO (Organización Científica y Cultural de los Naciones Unidas) y que concurrieron a la Asamblea de Universidades, su actuación conjunta, en bloque, en todos los asuntos que se relacionen con problemas de la comunidad hispanoamericana. En esta forma se podrá llegar a constituir un frente unido entre las naciones de afines intereses y tradiciones culturales que pesará enormemente en las decisiones de aquel organismo internacional. He aquí otra demostración evidente de que la hispanidad no es solamente un concepto teórico, sino que se va concretando en realidades nacidas de evidentes e irrefutables necesidades históricas.

La creación de la Universidad Hispánica y otras mociones de gran trascendencia, permiten augurar un futuro promisor para el desarrollo de las actividades culturales y científicas de la comunidad hispanoamericana. Sin embargo, esto no es suficiente, ya que ahora, —dado el primer paso—, es necesario que los gobiernos comprendan la importancia vital que tiene para sus pueblos el llevar a la práctica las recomendaciones y mociones aprobadas en la Asamblea que nos ocupa y, comprendiendo esa importancia, dictar las medidas necesarias para que éstas no se queden escritas y que, por el contrario, sean prontamente ejecutadas. Los gobiernos de hispanoamérica deben pronunciarse en este sentido, prestando su decidido apoyo a la Secretaría de la Asamblea, que ha sido encomendada con carácter de permanencia a la Oficina de Educación Iberoamericana, para poner en práctica las importantes conclusiones a las que ha llegado la mencionada Asamblea. Este sería el mejor homenaje a la magna Universidad de Salamanca desde donde, otra vez hoy como antaño, se irradia arte y ciencia, vale decir cultura integral.

La Paz, noviembre de 1953.





El Pintor Georges Rouault y el Cine

por PIERRE ROBERTET

HACE algún tiempo, el Padre Morel, capellán del grupo de Artistas franceses y antiguo pintor él mismo, daba en Barcelona y luego en Madrid dos conferencias destinadas a hacer conocer y amar la obra del pintor y grabador francés Georges Rouault. En aquella ocasión fué proyectada una película de corto metraje, verdadera obra maestra en negro y blanco, realizada por el conferenciante para revelar los diversos aspectos del arte de este pintor que, a la edad de 83 años, está en trance de convertirse en uno de los artistas más célebres de nuestra época. Como continuación a aquella interesante charla, en la sala de exposiciones del Instituto Francés ha sido organizada una bellísima exposición retrospectiva del grabado francés, donde varias obras de Rouault, excelentemente valoradas, pueden ser admiradas en medio de reproducciones de maestros célebres.

Georges Rouault nació en París el 27 de mayo de 1871, "al son de los cañones y de los fusiles", según nos dice uno de sus biógrafos. Efectivamente, su casa se encontraba a pocos metros del cementerio del Pere Lachaise donde aquel día, los últimos "Communards" se hacían matar, la espalda contra el famoso "muro de los federales".

En cuanto tiene edad para empezar a trabajar, entra como aprendiz en un taller de vidriero. Ya veremos más tarde cuánto deberá su pintura a este paso por la casa de un maestro vidriero. Estudia, sucesivamente, en la Escuela de Artes Decorativas y en la de Bellas Artes de las que sale con el oportuno diploma. Inmediatamente, trabaja en el taller del pintor Gustave Moreau, donde conoce a Marquet y a Matisse. Como la mayor parte de los artistas pasa muchas calamidades en sus comienzos y conoce horas extremadamente difíciles. Apenas en 1918 comienza a ser conocido. Trabajador infatigable, unía a su actividad de pintor la de grabador. La mayor parte de su tiempo lo consumía en una oscura y pequeña imprenta de la que, a menudo no salía hasta la hora del último metro.

Un día, Vallard lo encuentra a Rouault cargado de limas, de raspadores, de martillos y de todo un repertorio de buriles.

—¿Qué vas a hacer con todo eso? le preguntó. —¿Aguafuertes?, ¿grabados? y Rouault le contestó con esa brusca simplicidad que es como la marca de su naturaleza: —Llámalo como quieras; a mí me dan cobre y yo dibujo en él.

De esta manera, nos dice el Padre Morel, Rouault entraba en esa comunidad de trabajo que recuerda como ninguna otra a la de los pintores medievales y encontraba el sentido profundo de aquellos artesanos. El pintor más espiritual de este tiempo pensaba con sus manos y en la materia.

EL "MISERERE", UN GRAN CRISTO DE ANGUSTIA

Georges Rouault pertenece a esa raza de sabios y de grandes artistas que están tanto más celosos de su incógnito cuanto su genio es mayor. Además, consagrado enteramente a su arte careció toda su vida de las cualidades (o los defectos) necesarios para luchar con los marchantes. Estos, y no se comprende demasiado por qué, pusieron una aplicación ejemplar en hundir en el fondo de sus cuevas las obras maestras de Rouault, de manera tan perfecta que apenas hace quince años que salieron de la sombra.

Y luego, como si la suerte no quisiese todavía dejarle transmitir su mensaje al mundo, tuvo que sufrir, a lo largo del éxodo de 1940, los efectos del vandalismo moderno, que, pretendiendo defender la cultura, destroza sus manuscritos, rompe sus planchas, desgarra sus cuadros. En 1942, cierra su taller parisino tras haber rechazado el ofrecimiento del utopista alemán Arno Brecker que deseaba que colaborase en la erección de un monumento a la gloria de Alemania.

Su negativa le hace sospechoso a los ojos de los ocupantes y se ve obligado a ocultarse en una aldea provinciana. Allí se entrega a una vida de silencio y meditación semejante a la de un monje. Tal conducta no era, por otra parte, digna de asombro en un hombre que, años antes, había tenido la intención de repartir sus bienes a los pobres para abrazar la vida monástica...

El trabajo agotador a que se entrega, en esta etapa, llega a hacerle olvidar las innumerables "faenas" de los marchantes y la servidumbre que el comercio de sus cuadros le imponen.

Sin embargo, no hay que creer que Rouault, "encerrándose en una torre de marfil", no veía el mundo. Quizás más que nadie sufría su angustia, participaba en sus pruebas. Permaneció muy cerca del pueblo, vió su desesperación, su derrota, que él hace pasar a los ojos de su "Clown" o a la mirada vacía de la "Fille de Joie". "Creo en el dolor, decía Rouault en una carta a uno de sus amigos, y éste es mi único mérito". Y, como para escucharse, añade: "No estaba hecho para algo tan terrible..."

La obra de Georges Rouault tiene el valor de un testimonio, de un mensaje tanto más emocionante cuanto que es involuntario. Las gentes del pueblo, es decir aquellos a los que el sufrimiento y la angustia afectan más porque no han recibido la cultura que les permitiría escapar a la desesperación de su condición, se reconocen en la dolorosa galería del "Miserere".

¿OBRA POPULAR O PIEZA DE MUSEO?

Desgraciadamente, esta obra tan profundamente humana, tan emocionante para las almas que no poseen una simplicidad hierática ha permanecido ignorada para el gran público durante mucho tiempo. No entraremos en una polémica que afectaría quizás a la despreocupación de aquellos a quienes Rouault había confiado sus obras; diremos solamente que hasta estos últimos años permanecieron cuidadosamente ocultas en los sótanos de una gran casa de arte.

El "Miserere" de Rouault se compone de cincuenta y ocho planchas originales de tal tamaño que constituyen el mayor monumento del grabado de todos los tiempos. Un número muy pequeño de ejemplares de cada plancha fueron tirados sobre papel, formando una edición de gran lujo para coleccionistas millonarios o museos muy ricos; cada volumen, de un tamaño y de un peso considerable, venía a costar la respetable suma de unas 20.000 pesetas. Es decir, que la obra no fué conocida durante mucho tiempo sino por un pequeño número de privilegiados... El editor, por otra parte, para conservar todo el valor de los ejemplares tirados, había hecho rayar los cobres originales, impidiendo así cualquier reedición. Se celebró un proceso. Rouault consiguió vencer y pudo, con las numerosas planchas que permanecían en su poder, reconstruir una edición mucho más barata que podrá ser adquirida, finalmente, por aquellos que, según su propio pintor, han inspirado su obra.

Aunque el "Miserere" se compone evidentemente de cuadros separados, existe una indudable unidad a través de esta serie de personajes o de escenas. Una unidad que ha permitido al Padre Morel realizar el más bello documental que hemos visto y del que es preciso lamentar que no haya sido objeto de una difusión más amplia.

Por un lado, Rouault nos muestra el hecho de los tormentos del mal y del sufrimiento; por otro lado, el del infinito poder y la infinita bondad de Dios. Sería así posible dividir el "Miserere" en cuatro partes: la primera en que nos serían presentados los horrores de lo que podríamos llamar la miseria accidental o física como la guerra o la enfermedad; una segunda parte que mostraría la existencia de una miseria más profunda: la del sufrimiento moral y la muerte; en la tercera parte, el pintor hace surgir una especie de danza macabra en la que Cristo acepta participar; en la última, en fin, se produce la Resurrección, la esperanza, con cuadros más luminosos, donde los rostros esparcen esperanza, pese a su dolor.

EL ARTE DE GEORGES ROUAULT

No hace falta decir que una obra semejante no ha sido aceptada en conjunto ni por unos ni por otros. La primera visión choca. Los más tradicionalistas, los que permanecen atados al horrible estilo "San Sulpicio", gritan ante el escándalo. Los otros ven en Rouault un moderno, y como tal no lo toman en serio. Los historiadores del Arte le sitúan entre los "Fauves" o los "expresionistas".

El Padre Morel, en su conferencia, ha planteado perfectamente el problema, hablando de este artista "tan actual y tan anacrónico", tan tradicional y tan revolucionario. Todo lo que los unos le reprochan, y que, por el contrario, los otros admiran, tiene un solo nombre: sencillez. Rouault ha vuelto a encontrar la sencillez de los artistas de la Edad Media. Por medio de un largo trabajo evolutivo ha llegado, por una extraordinaria economía de medios, a un dinamismo tan elemental, que el negro y el blanco, que utiliza casi exclusivamente, pueden rivalizar en sus cuadros con los tonos más puros.

"De la ingenuidad al genio no hay más que un paso: el de una larga y ardiente paciencia". Esta frase podría ser aplicada muy bien a Rouault y a su obra, fruto de una inmensa labor de más de setenta años.

"El contorno me huye —decía el pintor—, y he intentado retenerlo mil veces. Tengo la impresión de que se me escapa". Ciertamente por este temor a perder el "contorno", con una especie de rabia interior, "con una fuerza que ni Durero mismo ha alcanzado, ha intentado encerrar las formas recogiéndolas con una suprema aspereza" (Padre Morel). Así vemos esos enormes trazos negros, que vienen a subrayar una actitud, a oscurecer una mirada o a valorar la infinita tristeza de un rostro.

Rouault es dueño absoluto de su arte. De un lado cubre sus cuadros con tal espesor de pasta que llega a pensarse en los bajorrelieves. Por otro lado, usando una de sus expresiones, "juega con el polvillo de las alas de mariposa". La luz y la sombra no tienen para él ningún secreto. Como un Greco o un Zurbarán, su afición a la penumbra le hace llegar a "esa superación de las apariencias, al paso hacia lo invisible, al espanto de un Goya tanto como a la dulce piedad de un Rembrandt" (Padre Morel).

Hay que remontarse muy lejos para tropezar un orden semejante, simplicidad parecida, autenticidad equivalente.

"MISERERE", CORTO METRAJE

—No hable usted de la película —nos dijo el Padre Morel cuando le interrogamos sobre su adaptación cinematográfica del "Miserere"—. Entre una película y un documental hay la misma distancia que entre una epopeya y un soneto.

Efectivamente: esta película es como un verdadero soneto; un soneto donde todo está admirablemente medido donde las palabras están en su sitio, y no podrían estar en otra parte. Las palabras son, en este caso, las del comentario, porque el realizador ha querido que un regalo para el ojo acompañe al regalo de los ojos.

El Padre Morel ha encontrado la fórmula justa del corto metraje sonoro. Nada de comentarios aburridos; exactamente el comentario necesario para que el espectador aclare lo que fuese cuando lo necesitara. Nada de frases inútiles para advertirnos que tal cuadro que pasa ante nuestros ojos representa un crucificado o un hombre sentado. (Bien es verdad que en la pintura de Rouault un perro es un perro; un árbol, un árbol, y que todo el mundo reconoce lo que está frente a él sin necesidad de mirar con la cabeza baja para intentar adivinar lo que ha querido decir el artista).

Sólo algunas frases bien escogidas vienen a dar a la obra la unidad deseable. Durante el resto de la película, un coro de religiosos hace oír, como en una lejanía, las apretadas palabras del salmo "Miserere".

El documental en cuestión ha sido realizado en estrecha colaboración con Rouault, que ha terminado por aceptar convencerse de que su obra pertenecía ante todo al público; que estaba destinada porque estaba repleta de sus propios sufrimientos, y que ese mismo pueblo tenía derecho a encontrar en ella la esperanza que él, pintor, y sobre todo hombre, había sabido poner, por ejemplo en la inefable bondad de la mirada de su Crucificado.

El que había dicho: "Yo no huyo ante la miseria" ha sabido, mirándola de frente, describirla con toda su lucidez con toda su sensibilidad. No es cerrando los ojos ante un espectáculo como puede traducirse con verdad. Georges Rouault nos da quizá el secreto de su genio, el que le permite emocionar el corazón de la multitud: ver, sentir, pintar con sencillez.

BREVE HISTORIA DE UNA DAMA, UN NOVELISTA Y UN PARAGUAS

UNA tarde lluviosa, Balzac iba a pie por una avenida de París. Como todos los grandes espíritus de aquella época, el novelista profesaba un verdadero terror a ese mueble accidental que se llama paraguas. Empero, como llovía a cántaros, y Balzac no veía un solo carruaje que le pudiera ayudar en el trance, tomó el partido de acogerse a la protección de una puerta cochera, la primera que le salió al paso. De pronto, mientras aguardaba, al levantar la vista hacia la casa frontera, alcanzó a ver a una mujer que, con su blanca mano, de vez en cuando, apartaba los visillos de la ventana para mirarle.

Vaya, —se dijo el más fecundo de los novelistas del siglo pasado, —esta mujer es harto curiosa; pero, es más linda todavía.

Meticuloso y ufano, así como quien no quiere la cosa, se estiró lo mejor que pudo el arrugado y empapado gabán.

La aparición de la ventana se mostró bien presto, favorable y acogedora: aparecía radiante de belleza y curiosidad. El visillo iba y venía, continuamente, lo cual comenzó a dar mucho que hacer a la cabeza privilegiada de Balzac. Como casi siempre les ocurre a los hombres aficionados al galanteo, al punto parecióle que ya había visto aquella mujer en alguna parte y, ya en tren de favorecerla, no vaciló en suponer que aquello había ocurrido en el teatro de la Opera. Interiormente, colmó de bendiciones al cielo por haberle deparado tan oportuna lluvia y a los aurigas en general, por haber olvidado la existencia de aquella avenida.

Mas, cuál no fué la sorpresa de Balzac cuando un criado, saliendo de la casa a la cual pertenecía la ventana, se le aproximó con un paraguas y se lo presentó diciéndole:

—He aquí, caballero, un paraguas que mi señora le envía a usted...

Estupefacto, intrigado por aquellas palabras, Balzac no atinó a hacerle ninguna pregunta al criado. Tomó el paraguas, y quitándose el sombrero, saludó en extremo galante a la dama que permanecía aún detrás de los visillos contemplándole. Luego, con una sonrisa de vencedor, satisfecho, se alejó bajo el paraguas propicio.

Al día siguiente, muy temprano, Balzac, que había pasado la noche inquieto y ansioso, se levantó, hizo su tocado esmeradamente y buscó el mejor de sus trajes para ponérselo. Compró un par de guantes blancos, que eran los de moda en aquel entonces y, tomando su paraguas, púsose en camino para agradecer la atención a aquella mujer y, claro está, proseguir la aventura iniciada en forma tan auspiciosa.

Pero, no había aún sonado la hora de presentarse a la dama. Y, Balzac, conmovido y enamorado, pensó si no sería preferible guardar como recuerdo aquel paraguas gastado y descolorido como estaba, y adquirir otro nuevo para presentárselo a la dama, como si se tratara del suyo.

Llegaron las doce del día. Balzac, un poco perdido su aplomo, hízose anunciar. Entró y, al presentar el paraguas, murmura unas palabras que la dama no alcanza a escuchar.

Para poner fin a la escena, ella, más resuelta, toma el paraguas, lo arrolla entre sus dedos finos y casi transparentes, y lo coloca a un lado sin demostrar haberse percatado de tan afortunado cambio.

—No hay nada que agradecerme, caballero, —dícele al literato. —Mi paraguas está siempre a su absoluta disposición.

—Pero, en fin, señora, —exclama Balzac,— me imagino que no en vano ni por capricho, me habrá enviado ayer el paraguas. Esto, según creo yo, no es un procedimiento muy frecuente, a menos que se trate de circunstancias extraordinarias...

La dama, inteligente, presto vió las intenciones del visitante y le atajó:

—Sin duda alguna, caballero. Yo tenía una razón para enviarle a usted mi paraguas. Y, ya que usted insiste, como no me queda otro recurso, se la confiaré.

—Hágalo usted con entera confianza, señora...

—Pues bien, —explicó ella.— Yo aguardaba a un amigo que debía venir ayer por la tarde, justamente a la hora en que usted se ubicó ante mi portal. Como usted, allí me molestaba, se me ocurrió enviarle a mi criado para que, usted, utilizando el paraguas, se marchara de una vez.

—¿Nada más? —insinuó el novelista, cariacontecido y fracasado en el lance amoroso.

—Nada más, caballero.

Y, como ella echara una mirada muy significativa al paraguas y, dado que brillaba un sol esplendoroso, Balzac, optó por hacer un mutis trágico y definitivo.

Las Calles de La Paz

Agustín Aspiazu

EL antiguo camino que comunicaba el Prado con el Montículo de Sopocachi, donde se veneraba la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Concepción, tuvo que ser ensanchado, nivelado y regularizado para trazar la actual calle Agustín Aspiazu, una de las arterias más importantes del barrio de Sopocachi, que naciendo en la avenida 6 de Agosto sube a las colinas de Lukichapi, llegando actualmente a la calle Abdón Saavedra. Luego se prolongará hasta la Avenida de Circunvalación (Ricardo Jaimes Freyre).

A principios de siglo, esta calle no era más que un polvoriento camino en medio de chacras de maíz, cebada y habas, y que en los días cercanos al 8 de diciembre, fiesta de la Concepción, adquiría un gran movimiento de fieles y paseantes que acudían al Montículo, con fines religiosos unos y con fines de placer y divertimiento otros. Las procesiones, los días de campo y los "aptapis", llenaban de gente alegre y bulliciosa, de tropas de bailarines indígenas de toda clase y de un sinnúmero de vendedoras de maní tostado, porotos, higos y otras frutas secas, dando al ambiente un característico sello folklórico. También en esas fiestas los candidatos a munícipes solían hacer sus invitaciones en vista de que el siguiente domingo, generalmente, se llevaban a cabo las elecciones para concejales, cosa que contribuía a realzar las fiestas de la Capilla como se decía entonces.

El sabio y erudito doctor Agustín Aspiazu había nacido en Irupana, Yungas, el 28 de agosto de 1817, habiendo cursado sus estudios primarios y secundarios en la ciudad de La Paz y luego ingresado a la Facultad de Derecho, donde se graduó de abogado. Desde niño se distinguió por su inteligencia y aplicación al estudio, siendo siempre un alumno sobresaliente. Estas cualidades brillantes y su clara inteligencia demostrada después en el Foro, hicieron que fuera elegido Vocal de la Corte Superior de La Paz, cargo que ejerció siendo aún muy joven.

Pero el centro y medio de este hombre estudioso, estaba en la Universidad, y allí es donde, primero como catedrático y luego como cancelario, desarrolló toda su capacidad intelectual, educando a varias generaciones de juristas y abogados que sobresalieron en el campo de las leyes en ese período de 1880 a 1910.

En el campo político, Aspiazu fué diputado por La Paz en 1861, 1864 y 1868, siendo notables sus discursos parlamentarios y sus grandes actuaciones, que en alguna oportunidad, como cuando se discutía el tratado de límites que Melgarejo quería imponer con el Brasil, le obligaron a salir precipitadamente a Tacna para no caer en manos del tirano.

Posteriormente, siendo ministro de Instrucción, se negó a firmar el decreto de 14 de febrero de 1878, que ocasionó la guerra entre Chile y Bolivia, Aspiazu, con la clarividencia de un ser superior, había previsto las consecuencias que semejante ley podría acarrear para su país, y prefirió dejar el Ministerio y retirarse a la vida privada.

Después de estas experiencias políticas, don Agustín se dedicó por entero al estudio, llegando a abarcar casi todos los conocimientos de su tiempo. Sus escritos son verdaderamente dignos de un gran literato y de un sabio. Su interpretación de la historia es notable por la gran precisión de sus juicios y apreciaciones, así como por la aportación de datos. Sus folletos científicos han sido redactados de modo que los grandes principios de las ciencias lleguen a ser comprendidos por todos. Sus estudios de astronomía llamaron la atención de los especialistas en esta ciencia, pues demuestran el tesón y la paciencia de este hombre que gastó horas preciosas observando el universo para luego sacar conclusiones dignas de un sabio.

Aspiazu, figura única en la historia de la intelectualidad boliviana, falleció a los ochenta años, el 18 de mayo de 1879.

R. S. M.

LOS CUELLOS Y EL SMOKING DEL ESCRITOR JACK LONDON

EN Sydney, Australia, en los primeros días del año 1909, encontré, por vez primera, a Jack London y su esposa. Regresaban de las islas Salomón: él, fatigado, atacado por una extraña enfermedad que los médicos confesaban ignorar y que luego se atribuyó a la acción de ciertos rayos del sol tropical. Ambos me acogieron con una cordialidad que me hizo pensar que nuestro encuentro tendría como consecuencia una larga amistad.

Algunas semanas más tarde, Jack London estaba restablecido y yo con mi esposa tuvimos oportunidad de pasar con ellos algunos días en el hotel Australia, de la ya citada ciudad.

Estábamos invitados para visitarles en su pieza a eso de la una menos cuarto. Jack London había escrito durante toda la mañana y su esposa pasado en limpio, a máquina, el manuscrito. Bebimos un cóctel confeccionado por un "boy" japonés que nunca olvidaba de introducir una aceituna en cada vaso.

En la cena no comí nada: me limité a escuchar a Jack London. Los mozos también le escuchaban embelesados, con lo cual el servicio del comedor se resintió notablemente. Sus ojos plenos de bondad, sus ojos de apóstol, rebosaban una vida intensa, subyugando a todos cuantos le rodeaban.

En el curso de una excursión que juntos hicimos al National Park, cerca de Sydney, mi esposa sacó de él una fotografía, que hemos guardado cual preciada reliquia.

Una tarde, un telegrama anunció la llegada del Snark. Los London no pudieron disimular su alegría, y, después de cenar, salimos los cuatro en busca del yate anclado en Rose Bay. Grande fué la emoción que experimentaron cuando volvieron a contemplar al pequeño barco a bordo del cual habían pasado tantas semanas de felicidad y de aventuras a la vez.

Jack London adoraba el café y cuando le aseguramos que en nuestro alojamiento, en el "bush", hacíamos verdadero café, torrado y molido por nosotros mismos, que en nada se parecía a la mezcla que beben los australianos, Jack London prometió hacernos una visita en Nanima. Desdichadamente, la salida precipitada no le permitió cumplir con su promesa.

Le agradaba explicar el tema que ha tratado en su **Talón de hierro.** Mucho tiempo ha debido preocuparle la idea de un cataclismo en el cual una de las clases de la humanidad sucumbiría bajo la fuerza brutal de la otra. Una página íntegra, manuscrita, sobre la primera página del ejemplar de **Iron Heel** con que me obsequió, parece presentir extrañamente el reino de los soviets.

Tenía Jack London un supremo desdén por todo lo que a la moda se refiere. Yo le envidiaba. Siempre, empero, andaba correctamente vestido: pero con camisas holgadas y sin almidonar y cuellos amplios y volcados. Por la noche, al entrar en el gran comedor del Australia, hacíalo con smoking impecable, pero con su camisa blanca de seda y el consabido cuello volcado.

Alguien que se percató de mi envidiosa admiración, no dejó de manifestarme que un Jack London bien podía permitirse tales irreverencias con el almidón.

Cuando el **Van Spilbergen**, que nos conducía a Java, pasó a algunos metros del **Snark**, la valiente embarcación nos señaló "Buen viaje", un gesto de amistad conmovedor con que los London se despedían de los Wenzies, como Jack nos decía a mi esposa y a mí.

VAN LOON, HUMORISTA E HISTORIADOR

LA familiaridad con los amigos puede conducir al desprecio, pero la familiaridad con el enemigo puede llevar a producir un recíproco respeto.

● El mundo del año de gracia de 1950 es realmente muy semejante al mundo del año de gracia de 1450 o del 450. Está compuesto de toda clase de gentes. Algunos son perspicaces. No pocos no lo son. Otros son decididamente necios.

● La Revolución Francesa, que es como quien dice de anteayer, fué debida al hecho de que la monarquía más próspera del siglo XVIII, con todos sus ministros, con los miembros más leales del Parlamento, y con ayuda de los economistas y financistas más ilustres de la época, no pudo recabar un empréstito que hoy día sería simplemente cuestión de unas conferencias telefónicas, que durarían a lo sumo media hora, entre un ministro de hacienda y un par de banqueros internacionales.

● El número de personas a quienes la cabeza les ha servido para pensar por cuenta propia ha sido siempre sumamente pequeño. Es dudoso si este tanto por ciento es actualmente mucho mayor que en la edad paleolítica. Probablemente es algo más bajo de lo que era en Grecia y en el Asia Menor durante el siglo III antes de Jesucristo. Pero es difícil probar tales afirmaciones con alguna precisión científica.

● Los siglos XVI y XVII constituyen la edad de oro para los cartógrafos de profesión. Muchos de ellos fueron artistas de primera fila y se aseguraron un puesto notable como hombres doctos. Pero la "imagen" que nos han dejado de América es una de las cosas más curiosas; cuando dibujaban la América Meridional y Central, trazaban casi con perfección los perfiles de costas y los cursos de los ríos. Respecto a Méjico y algunas otras regiones, eran asimismo cuidadosos, pero de ahí no pasaban. Y en la desierta región septentrional escribían sencillamente: "Tierras de ningún provecho".

VAN LOON, HISTORIADOR Y HUMORISTA

● La gloria póstuma es como el rayo: nadie puede predecir a quién alcanzará.

● En el dominio de la Historia es inútil lamentarse de nada. Lo más que se puede hacer es tratar de comprender.

● Los franceses (todavía no he podido escribir un libro sin hacer alguna alusión a esa sensatez peculiar del pueblo francés que parece humanizar cuanto alcanza), los franceses, digo, hace mucho nos dieron una receta para escribir la Historia. "Compilemos, amigos —decían,— compilemos, compilemos, y de setecientos ochenta y cuatro libros distintos, saquemos el que haga el setecientos ochenta y cinco".

● El dinero ayuda mucho, pero no lo es todo.

● Los grandes hombres son como las crecidas del Nilo, que van y vienen, pero dejan [fecundado el] terreno como señal tangible de su presencia temporal.

● ¿Para qué llenar largos capítulos con detalles melancólicos acerca del crecimiento del Papado en la Edad Media o sobre el desarrollo de la Nueva Inglaterra puritana durante el siglo XVII, cuando en cambio pudiera escribirse un alegre libro sobre Francisco de Asís o George de Draytón?

● En el continente norteamericano, la Edad Media terminó el día 5 de enero de 1769, día en el cual un cierto James Watt obtuvo su primera patente para su "máquina de fuego", que había perfeccionado poco antes.

● Un gobierno que deja de gobernar, que promulga leyes y permite a las masas violarlas, no puede esperar una larga vida: debe tomar las más enérgicas medidas para tutelar su voluntad, o retraerse.

● Todos los caminos de los imperios en ruinas están pavimentados con los restos de sistemas de gobierno fracasados...